

CARTAS DE SÉNECA A LUCILIO

Valor y aprovechamiento del tiempo

Obra así, querido Lucilio: reivindica para ti la posesión de ti mismo, y el tiempo que hasta ahora se te arrebatava, se te sustraía o se te escapaba, recupéralo y consévalo.

Persuádate de que esto es así tal como escribo: unos tiempos se nos arrebatan, otros se nos sustraen y otros se nos escapan. Sin embargo, la más reprehensible es la pérdida, que se produce por la negligencia. Y, si quieres poner atención, te darás cuenta de que una gran parte de la existencia se nos escapa obrando mal, la mayor parte estando inactivos, toda ella obrando cosas distintas de las que debemos. ¿A quién me nombrarás que conceda algún valor al tiempo, que ponga precio al día, que comprenda que va muriendo cada momento? Realmente nos engañamos en esto: que consideramos lejana la muerte, siendo así que gran parte de ella ya ha pasado. Todo cuanto de nuestra vida queda atrás, la muerte lo posee. Por lo tanto, querido Lucilio, haz lo que me dices que estás haciendo: acapara todas las horas. Así sucederá que estés menos pendiente del mañana, si te has aplicado al día de hoy. Mientras aplazamos las decisiones, la vida transcurre. Todo, Lucilio, es ajeno a nosotros, tan sólo el tiempo es nuestro : la naturaleza nos ha dado la posesión de f este único bien fugaz y deleznable, del cual nos despoja cualquiera que lo desea. Y es tan grande la necedad de los mortales, que permiten que se les carguen a su cuenta las cosas más insignificantes y viles, en todo caso sustituibles, cuando las han recibido; en cambio, nadie que dispone del tiempo se considera deudor de nada, siendo así que éste es el único crédito que ni siquiera el más agradecido puede restituir. Quizás me preguntes qué conducta observo yo, que te doy estos consejos. Te lo confesaré sinceramente: como le acontece a un hombre pródigo, pero cuidadoso, tengo en orden la cuenta de mis gastos. No podría afirmar que no derroche nada, pero te podría decir qué es lo que derrocho, por qué y cómo: te expondré las causas de mi pobreza. Pero me acontece a mí lo que a muchos de los que, sin culpa suya, han caído en la indigencia: todos les disculpan, nadie les auxilia. En conclusión ¿qué significa esto? Que no considero pobre a quien le satisface cuanto le queda, por poco que sea. Con todo, prefiero que tú conserves tus bienes y así comenzarás en el tiempo justo. Pues, según el aforismo de nuestros mayores, «es ahorro demasiado tardío el que se consigue en el fondo del vaso» : en el sedimento no sólo queda una parte insignificante, sino la peor.

No hay porque temer a la muerte

Continúa tal como empezaste y apresúrate cuanto puedas a fin de poder gozar por más tiempo de un alma purificada y bien dispuesta. Por supuesto gozarás también de ella mientras la purificas y la pones en orden: existe, no obstante, aquel otro placer que resulta de la contemplación del alma limpia de toda mancha y radiante. Recuerdas, sin duda, qué gozo tan grande experimentaste cuando, dejada la pretexto, recibiste la toga viril y fuiste conducido al foro; espera alcanzar uno mayor cuando hayas renunciado al espíritu infantil y la filosofía te cuente en el número de los adultos. Pues hasta ahora no perdura en nosotros la infancia, sino un defecto mayor, la mentalidad infantil. Y es esto aún peor, por cuanto poseemos el ascendiente de los viejos, pero los vicios de los muchachos, y no tanto de los muchachos, cuanto de los niños: aquéllos temen las cosas insignificantes, éstos las imaginarias; nosotros las unas y las otras. Trata solamente de progresar y comprenderás que ciertas situaciones son menos temibles precisamente porque nos infunden mucho temor. Ningún mal es grande, si es el último. Llega a ti la

muerte: debieras temerla si pudiese que- darse junto a ti, pero una de dos: o no te alcanzará, o pasará. Responderás: «Es difícil inducir al espíritu a despreciar la vida». ¿Acaso no ves por qué motivos tan fútiles se la desprecia? Uno se ahorca ante la puerta de su amante, otro se arroja desde el tejado para no sufrir por más tiempo la cólera de su dueño, otro hunde un puñal en las entrañas para no verse apresado de nuevo mientras huía: ¿no crees que el mismo objetivo que consiguió un temor excesivo lo puede alcanzar la virtud? No puede caber en suerte una vida tranquila a nadie que piensa demasiado en prolongarla, que cuenta como un gran beneficio durar por muchos consulados. Piensa en esto cada día, para que puedas abandonar con espíritu sereno la vida a la que algunos se aficionan y aferran como lo hacen con los espinos y las rocas los que son arrastrados por un agua torrencial. La mayoría fluctúa miserablemente entre el miedo a la muerte y las penas de la vida, y no quiere vivir, pero no sabe morir. Así, pues, procúrate una vida agradable abandonando toda preocupación por ella. Ningún bien es útil a quien lo posee, sino aquel para cuya pérdida está apareja- do el ánimo; ya que de ninguno resulta más fácil la pérdida que de aquel que no se puede echar de menos, una vez perdido. Por lo tanto debes animarte y endurecerte frente a las desgracias que pueden acontecer aun a los más poderosos. La sentencia de muerte sobre Pompeyo la decidieron un príncipe bajo tutela y su eunuco; sobre Craso la decidió el cruel e insolente parto; Gayo César ordenó a Lépido que entregase su cabeza al tribuno Dextro, él mismo la ofreció a Quérea; a nadie elevó tan alto la fortuna que no pudiese convertir en amenazas cuantas concesiones le había hecho. No quieras confiarte a la tranquilidad presente: el mar se alborota en un momento; el mismo día en que los navíos se entretienen alegremente, son engullidos. Piensa que tanto el ladrón como el enemigo pueden clavar la espada en tu garganta; que, aun cuando no exista una instancia superior, todo siervo tiene sobre ti poder de vida y muerte. Esta es mi afirmación: cualquiera que des- precia su vida es dueño de la tuya. Recuerda los ejemplos de quienes perecieron por insidias de la familia, o por violencia o por dolo: descubrirás que la ira de los siervos no abatió menos gente que la ira de los reyes. Así, pues, ¿qué te importa cuán poderoso sea aquel a quien temes, si lo que causa tu temor lo pueden provocar todos? Mas en el supuesto de que cayeras en las manos del enemigo, el vencedor ordenará que seas llevado al patíbulo: lugar, por cierto, al que eres conducido. ¿Por qué te engañas a ti mismo y ahora, por fin, comprendes la infelicidad que hace tiempo sufrías? Así lo afirmo: desde que naciste eres llevado a la muerte. Éstos y otros pensamientos similares deben ser ponderados en nuestro espíritu, si deseamos aguardar serenos aquella última hora cuyo temor provoca la inquietud en todas las demás. Mas, para poner término a esta epístola, acoge la máxima que me plugo en el día de hoy; también ésta ha sido tomada de vergel es ajenos: «Grande riqueza supone la pobreza conforme a la ley de la naturaleza». Mas ¿conoces bien qué límites nos señala esta ley de la naturaleza?: no tener hambre, no tener sed, no sentir frío. Para saciar el hambre y la sed no es preciso instalarse en moradas opulentas, ni soportar un ceño severo y hasta una insolente cortesía, no es necesario surcar los mares ni seguir a los ejércitos. Fácil de adquirir y apropiado es lo que reclama la naturaleza. Lo superfluo nos hace sudar; ello es lo que nos desgasta la toga, lo que nos obliga a envejecer en la tienda de campaña, lo que nos empuja hacia regiones extranjeras: lo suficiente está al alcance de la mano. Quien de buen grado se acomoda con la pobreza, es rico.

Escaso número de los buenos. La justa valoración de las cosas

¿Ya te ha persuadido ese individuo de que él es un hombre bueno? Pero un hombre bueno ni puede hacerse, ni comprobarse tan presto. ¿Sabes a quién calificaría yo ahora de hombre bueno? A ese, que lo es de segunda categoría; porque el otro quizá, como el fénix, nazca una vez cada quinientos años. Y no es sorprendente que las cosas grandes se produzcan a intervalos: lo mediocre y destinado al uso corriente la fortuna lo produce con frecuencia. mas lo eximio ella lo avala por su escasez. Sin embargo, ese tal todavía está muy lejos de lo que declara ser, y si él supiera qué es un hombre bueno, toda. vía no creería aún que lo es, quizá hasta desconfiaría de poder serlo. «Pero él juzga mal de los malos». Esto también lo hacen los malos, y no existe un castigo mayor para la maldad que el descontento que tiene de sí misma y de los suyos. «Pero odia a los que usan despóticamente de un repentino gran poder». Él hará otro tanto cuando tuviere el mismo poder. En muchos los vicios, por ser débiles, se mantienen ocultos; mas, cuando éstos adquieran confianza en sus fuerzas, serán tan audaces como aquellos vicios que por su pujanza son ya patentes. Son los instrumentos para desplegar su maldad lo que les falta. Así, hasta la serpiente venenosa se manosea sin peligro mientras está rígida por el frío. A ella no le falta entonces la ponzoña, sino que la tiene paralizada. A la crueldad, ambición y desenfreno de muchos les falta, para igualar en osadía a la de los más perversos, el favor de la fortuna. Que albergan los mismos propósitos lo comprobarás así: concédeles la posibilidad de hacer cuanto desean. ¿Te acuerdas de cuando tú asegurabas tener a cierto personaje bajo tu influencia, que yo te dije de él que era volandero e inconstante y que tú no le retenías por el pie, sino por un ala? Te mentí: le retenías por una pluma; se desprendió de ella y escapó. Sabes cuántas malas pasadas te jugó luego, cuán numerosas fechorías intentó, que irían a recaer sobre su cabeza. No se enteraba de que, suscitando peligros a los demás, incurría él en el mismo riesgo; no pensaba en lo muy gravosas que eran sus apetencias, aun cuando no fuesen superfluas. Así, pues, en aquellas cosas a las que aspiramos, a las que tendemos con gran esfuerzo, hemos de considerar que o no contienen ventaja alguna, o contienen una mayor desventaja: algunas son superfluas, otras no tan valiosas. Pero esto no lo apreciamos claramente y nos parece gratuito lo que cuesta muy caro.

En esto se muestra evidentemente nuestra estupidez: en pensar que sólo son objeto de compra las cosas por las que pagamos dinero, llamando gratuitas a aquellas por las que sacrificamos nuestras personas. La mercancía que no querríamos comprar si a cambio de ella tuviéramos que entregar nuestra casa o una finca apacible o productiva, estarnos muy resueltos a conseguirla a costa de inquietudes, de peligros, de pérdida del honor, de la libertad y del tiempo; hasta tal punto nada hay más vil para cada cual que uno mismo. Actuemos, pues, en todos nuestros proyectos y negocios igual que solemos hacerlo siempre que acudimos a un mercader: consideremos a qué precio se ofrece el objeto que deseamos. Con frecuencia tiene el máximo coste aquel por el que no se paga ninguno. Podría mostrarte muchos obsequios cuya adquisición y aceptación nos ha arrebatado la libertad. Seríamos dueños de nosotros si ellos no fueran nuestros. Así, pues, revuelve en tu interior estas ideas no sólo cuando se trate de ganancias, sino también de pérdidas. «Esto está llamado a desaparecer». Por supuesto, ha sido algo accesorio: sin ello vivirás tan cómodamente como has vivido. Si lo has poseído largo tiempo, lo pierdes después de quedar saciado; si no ha sido por largo tiempo, lo pierdes des antes de acostumbrarte a ello. «Poseerás menos dinero». Sin duda, también menos inquietud. «Menos prestigio». Sin duda, también menos envidia. Examina estas ventajas que nos conducen a la locura, que no abandonamos sin copiosas lágrimas. Comprenderás que no es el perjuicio lo

que en ellas resulta enojoso, sino la creencia de que existe. Haberlas perdido nadie lo siente, pero lo piensa. Quien es dueño de sí, nada ha perdido, mas ¿cuántos consiguen ser dueños de sí?

Aprovechemos la breve duración de la vida

Por supuesto, querido Lucilio, se muestra indolente y descuidado quien se mueve a recordar al amigo porque se lo sugiere un determinado paraje. Con todo, los lugares conocidos evocan a veces la añoranza latente en nuestra alma; no es recuerdo extinguido el que renuevan, sino que despiertan el adormecido. Tal sucede con el dolor de quienes llevan luto, que, por más que se haya mitigado con el tiempo, ora el joven esclavo, caro al difunto, ora el vestido o la casa de éste lo renuevan. He aquí que la Campania y en particular la vista de Nápoles y de tu querida Pompeya han renovado de forma sorprendente la añoranza de ti: estás del todo presente ante mis ojos. Sobre todo en el momento de nuestra despedida: te estoy viendo cuando reprimías tus lágrimas y no disimulabas bien el sentimiento que afloraba, pese a tus intentos por dominarlo. Tengo la impresión de que es ahora cuando te he perdido. Pues, ¿qué acontecimiento no es «ahora», si evocas su recuerdo? Es ahora cuando niño asistía a la escuela del filósofo Sotion, ahora cuando comencé a defender pleitos, ahora cuando renuncié al propósito de defenderlos, ahora cuando renuncié a la posibilidad de hacerlo. Infinita es la velocidad del tiempo, que se hace más perceptible a los que miran hacia el pasado. Porque a quienes están absortos en el presente les pasa inadvertida; hasta tal punto el transcurrir de esta precipitada fuga resulta suave. ¿Quieres conocer la causa de ello? Todo el tiempo que ha transcurrido se halla en un mismo lugar, se contempla de una vez, yace conjuntamente; todo él termina en un mismísimo abismo. Por lo demás no pueden existir largos intervalos en esa realidad que, en su conjunto, es de breve duración. Un punto es el tiempo de nuestra vida y menos todavía que un punto; mas también de esta realidad mínima la naturaleza se burló dándole la apariencia de una más larga duración. Una parte de ella constituyó la infancia, otra la niñez, otra la juventud, otra ese declinar que se extiende de la juventud a la vejez, otra la propia vejez. ¡Cuántos peldaños para una escalada tan corta! Ahora es cuando iba a despedirte; y, sin embargo, este «ahora» constituye una buena porción de nuestra vida, cuya brevedad -pensémoslo así- algún día tendrá fin. Normalmente el tiempo no me daba la impresión de ser tan rápido; ahora su carrera me parece increíble, bien porque siento que la meta se aproxima, bien porque he comenzado a darme cuenta de mis pérdidas ya calcularlas. Por ello es tanto mayor mi indignación con algunos, porque de ese tiempo que ni siquiera puede bastar para lo necesario, aunque fuere administrado con suma diligencia, la mayor parte la consumen en lo superfluo. Cicerón asegura que, por más que se le duplicase la vida, no tendría tiempo para leer a los líricos. En el mismo rango situó a los dialécticos, pero su inutilidad es más deplorable. Aquéllos desatinan intencionadamente, éstos creen que consiguen algo. No es que yo diga que no se hayan de tener en cuenta esas sutilezas, sino que sólo hay que tenerlas en cuenta y saludarlas desde el umbral, a fin de que no se nos engañe haciéndonos creer que en tales sofismas se encierra algún bien valioso y secreto. ¿Por qué te atormentas y te consumes en un problema de ese tipo, cuando es más sencillo despreciarlo que resolverlo? Es cosa del que se siente seguro y marcha a su comodidad reunir bagatelas; pero cuando el enemigo hostiga por la espalda, y se ha ordenado al soldado ponerse en marcha, la necesidad desbarata cuanto una paz tranquila había congregado. No tengo tiempo de ir a la caza de anfibologías y de poner a prueba en ellas

mi agudeza. Contempla qué pueblos se congregan, qué fortalezas, cerradas ya sus puertas, aguzan las armas. Con gran empeño he de prestar oídos a ese fragor de la guerra que resuena en torno a mí. Con razón me tacharían todos de loco, si mientras ancianos y mujeres amontonan piedras para fortificar los muros, mientras la juventud armada dentro del recinto espera o reclama la señal del ataque, mientras los dardos del enemigo centellean ante las puertas y el propio suelo se estremece por las perforaciones y minas, me sentase yo tranquilo proponiendo acertijos de esta clase: «Lo que no has perdido lo posees; es así que no has perdido los cuernos, luego posees cuernos»; y otros sofismas elaborados a ejemplo de este sutil desvarío. Ahora bien, puedes considerarme igualmente loco si dedico mi trabajo a esas fruslerías: también ahora me veo yo cercado. Sólo que, en caso de guerra, vendría del exterior el peligro que me amenazaría durante el asedio; la muralla me separaría del enemigo. Ahora las armas mortíferas están dentro de mí. No dispongo de tiempo para esas bagatelas: llevo entre manos un asunto trascendental. ¿Qué voy a hacer? La muerte me acecha, la vida se me escapa. Muéstrame algún remedio para esta situación. Haz que yo no rehuya la muerte, que la vida no se me escape. Dame estímulos contra las dificultades, contra lo inevitable; ensancha los límites de mi existencia: muéstrame que el bien de la vida no se halla en la duración de ésta, sino en su aprovechamiento, y que puede acontecer, más aún, acontece con muchísima frecuencia, que haya vivido poco quien ha vivido largo tiempo. Dime cuando voy a dormir: «puede que no despiertes»; dime cuando estoy despierto: «puede que no duermas ya más»; dime cuando salgo: «puede que no vuelvas»; dime cuando vuelvo: «puede que no salgas». Te equivocas si piensas que sólo en la navegación es mínima la distancia que separa la vida de la muerte: en cualquier situación la distancia es por igual mínima. No en todas partes la muerte se evidencia igualmente próxima, pero en todas partes está igualmente cercana. Disipa ésta mi oscuridad y me transmitirás más fácilmente las enseñanzas para las que me he de preparar. La naturaleza nos ha engendrado aptos para aprender y nos ha dotado de una razón imperfecta, pero capaz de perfeccionarse. Háblame disertando sobre la justicia, sobre la piedad, sobre la frugalidad, sobre la castidad en su doble aspecto, tanto en el que es continencia del cuerpo ajeno, como en el que es solicitud por el de uno mismo. Si te decides a no llevarme por caminos extraviados, llegaré con más facilidad al objetivo que pretendo. Pues en frase del célebre poeta trágico: es sencillo el lenguaje de la verdad; por lo tanto, no lo debemos complicar. Pues nada sienta peor que esta sutil astucia a las almas que se empeñan en nobles gestas.

Hemos de reconocer los defectos y confiar en corregirlos

He recibido tu carta muchos meses después de habérmela enviado. Por ello consideré innecesario preguntar al mensajero sobre tus actividades. Tiene, en verdad, una memoria muy feliz cuando la emplea. Con todo, espero que tú vivas ahora de tal suerte que, dondequiera te halles, pueda saber lo que haces. y ¿qué otra cosa haces sino mejorarle de día en día, abandonar alguno de tus errores, darte cuenta que están en ti los defectos que piensas que están en las cosas? De hecho atribuimos al lugar y al tiempo algunos de nuestros defectos, mas éstos a cualquier sitio que nos traslademos nos han de acompañar. Sabes que Harpaste, la sirvienta boba que tenía mi mujer, ha permanecido en mi casa como una carga hereditaria. Personalmente siento profunda aversión a esta clase de anormales. Si alguna vez quiero divertirme con un tonto no tengo que buscarlo lejos: me río de mí. La boba de que te hablo ha perdido repentinamente la vista. Te cuento un hecho increíble, pero auténtico: ignora que está ciega; constantemente

pide a su guía que la traslade de sitio; alega que la mansión está a oscuras. Debe ser evidente para ti que esta situación que en ella nos divierte alcanza a todos nosotros. Nadie se da cuenta de que es avaro, nadie de que es codicioso. Los ciegos, por lo menos, buscan al guía; nosotros, faltos de guía, nos extraviados y decimos: «Yo no soy ambicioso, pero en Roma nadie puede vivir de otra suerte; yo no soy derrochador, pero la propia urbe exige grandes dispendios. No es mío el defecto de ser iracundo, de no haberme fijado todavía la norma de vida; esto es culpa de mi juventud». ¿Por qué nos engañamos? Nuestro mal no procede del exterior; se halla dentro de nosotros, radica en nuestras mismas entrañas y la causa de que difícilmente alcanzamos la salud está en desconocer que padecemos la enfermedad. y caso de que comencemos la curación, ¿cuándo destruiremos la fuerza poderosa de tantas enfermedades? Pero, ahora, ni siquiera buscamos al médico, el cual tendría menos trabajo si atendiese a un vicio incipiente, pues las almas jóvenes e inexpertas obedecerían a quien les mostrara el recto camino. No vuelve con dificultad a la naturaleza sino aquel que ha desertado de ella. Nos avergüenza aprender la virtud. Mas, ¡por Hércules! que, si resulta vergonzoso buscar a quien nos aleccione en ella, no hay que contar con que un bien tan grande pueda llegar hasta nosotros por casualidad. Hemos de afanarnos; y, para decir la verdad, tampoco es grande el esfuerzo, a condición de que, como he indicado, comencemos a modelar, a reformar nuestra alma antes que se endurezca en el vicio. Pero ni aun en caso de endurecimiento desconfío: nada hay que no conquiste un trabajo persistente y un cuidado atento y diligente. Los robles, aun estando torcidos, los devolverás a la posición recta; las vigas dobladas las endereza el calor, y aquéllas, cuya condición natural es distinta, las modificamos en razón de nuestra utilidad; ¡con cuánta mayor facilidad recibe el alma su configuración, flexible, como es, y más dúctil que líquido alguno! ¿Qué otra cosa es, de hecho, el alma sino un soplo de aire que se comporta de un modo determinado?. Y ya ves que el aire es tanto más adaptable que cualquier otro elemento, cuanto mayor es la sutileza que tiene. Querido Lucilio, no es una razón válida para impedirte que concibas buena esperanza de nosotros el hecho de que por ahora la maldad nos domina, que largo tiempo nos ha dominado: a nadie le alcanza antes la cordura que el desatino. Todos previamente estamos invadidos por el mal: aprender la virtud supone desaprender el vicio. Mas debemos aplicarnos a nuestra enmienda con un entusiasmo tanto mayor cuanto que el bien, una vez se nos ha confiado, lo poseeremos perpetuamente: la virtud no se desaprende. Lo que está fuera de su medio arraiga mal en un terreno adverso, por ello se puede arrancar y arrojar; mas se afinca fuertemente lo que encuentra su lugar apropiado. La virtud es conforme a la naturaleza; los vicios le son hostiles y contrarios. Pero, de la misma manera que las virtudes una vez conseguidas no pueden perderse, y que resulta fácil su salvaguarda, así se hace costoso iniciar el camino hacia ellas, ya que es propio de un alma débil y enfermiza temer un esfuerzo desacostumbrado; por ello se la debe forzar para que empiece. Luego, la medicina no sabe amarga, pues deleita tan pronto como procura la salud. El placer que producen otros remedios se alcanza después de la curación; la filosofía es a un tiempo saludable y dulce.

Buena disposición para la muerte

Dejemos de querer las cosas que hemos querido. Por mi parte es eso lo que procuro: no querer de viejo lo mismo que quise de niño. Éste es el único objetivo de mis días y de mis noches; ésta es mi ocupación, éste mi pensamiento: poner fin a mis antiguos extravíos. Me esfuerzo en que un día sea para mí como la vida entera. ¡Por Hércules! que no por

considerarlo el último me aferro a él, sino que le contemplo cual si pudiera, muy bien, ser el último. Con tal disposición te escribo esta epístola como si a mí, en el momento preciso de escribirte, la muerte tuviera que emplazarme. Estoy dispuesto para salir, y por lo mismo fruiré de la vida, porque el tiempo que ha de durar este goce no me preocupa demasiado. Antes de mi vejez procuré vivir rectamente; en la misma vejez morir con dignidad; pero morir con dignidad es morir de buen grado. Ten cuidado de no hacer nada contra tu voluntad. Todo lo que necesariamente ha de acontecer al que resiste, no constituye una necesidad para el que lo acepta gustoso. Así lo mantengo: quien acoge de buen grado las órdenes, escapa a la exigencia más penosa de la servidumbre: la de hacer lo que no quisiera. No es uno desgraciado por hacer lo que le mandan, sino por hacerlo contra su voluntad. Por lo tanto, dispongamos nuestra alma en orden a querer todo cuanto la situación nos exija, y en primer lugar a pensar sin tristeza en nuestro fin. Hemos de aparejarnos para la muerte antes que para la vida. La vida está hartó provista, pero nosotros estamos siempre con ansias de abastecerla: nos parece y siempre nos parecerá que nos falta algo. Que hayamos vivido lo suficiente no lo consiguen ni los años ni los días, sino el alma. He vivido, Lucilio carísimo, todo el tiempo que era suficiente. Satisfecho aguardo la muerte.

Causas que pueden justificar el suicidio

Después de largo tiempo he visto de nuevo tu querida Pompeya: me he vuelto a encontrar como en medio de mi juventud. Todo cuanto en ella había realizado durante mis años mozos me parecía que aún podía realizarlo y que poco antes lo había realizado. Hemos pasado navegando por la vida, Lucilio, y como en el mar, en frase de nuestro Virgilio, «las tierras y las ciudades se alejan», así a lo largo de esta carrera velocísima de la vida, primero hemos dejado atrás la niñez, a continuación la adolescencia, luego el período aquel que discurre entre la juventud y la vejez, situado en la frontera de una y otra, después los mejores años de la propia vejez; por último empezamos a vislumbrar el término común de la raza humana. Como un escollo lo consideramos nosotros llenos de insensatez; en realidad es el puerto que, en ocasiones, hay que buscar y nunca rehuir; todo el que ha sido conducido a él en sus primeros años no debe lamentarse por ello más que el navegante que hizo la travesía con rapidez. Pues, como sabes, a uno los vientos flojos lo hacen su juguete reteniéndole y fatigándole con el tedio de una calma persistente, a otro el soplo constante le conduce a término con suma rapidez. Esto mismo, piénsalo, nos acontece a nosotros: a unos la vida con gran velocidad les condujo al punto al que habían de llegar, aunque su marcha hubiera sido lenta; a otros los debilitó y torturó. Mas la vida, como sabes, no debe conservarse por encima de todo, ya que no es un bien el vivir, sino el vivir con rectitud. En consecuencia, el sabio vivirá mientras deba, no mientras pueda. Considerará en qué lugar ha de vivir, en qué comunidad, de qué forma, cuál es su cometido. Piensa siempre en la calidad de la vida, no en su duración. Si le sobrevienen muchas contrariedades que perturban su quietud, abandona su puesto. y esta conducta no la adopta tan sólo en caso de necesidad extrema, sino que tan pronto como la fortuna comienza a inspirarle recelo, examina atentamente si no es aquél el momento de terminar. Considera sin importancia alguna darse la muerte o recibirla, que ésta acontezca más pronto o más tarde: no la teme como a una gran pérdida. Nadie puede perder mucho cuando el agua se escurre gota a gota. Morir más pronto o más tarde no es la cuestión; morir bien o mal, ésa es la cuestión; pero morir bien supone evitar el riesgo de vivir mal. De ahí que juzgue muy poco viril la frase de aquel radio, que, metido en una

jaula por el tirano y alimentado como una fiera cualquiera, así dijo a uno que le aconsejaba abstenerse de comer: «Al hombre le cabe mantener la esperanza de todo, mientras vive», Aunque esto fuera verdad, la vida no debe comprarse a cualquier precio. Por más cuantiosas que sean ciertas ganancias, por más seguras que sean, no las obtendré a costa de reconocer vilmente mi cobardía; ¿voy a pensar que la fortuna tiene poder omnímodo sobre el que vive, antes que pensar que ninguno posee sobre el que sabe morir? Algunas veces, sin embargo, aun cuando la muerte amenace con toda seguridad y conozca el sabio que ha sido decretado contra él el suplicio, no prestará su concurso a la ejecución del castigo: lo prestaría a su propia debilidad. Es necedad morir por temor a la muerte. Se presenta el que te va a matar, espéralo. ¿Por qué te adelantas? ¿Por qué te conviertes en ejecutor de la crueldad ajena? ¿Acaso envidias a tu verdugo o le compadeces? Sócrates pudo acabar con su vida dejando de comer y sucumbir por inanición antes que por envenenamiento; con todo, pasó treinta días en la cárcel a la espera de la muerte, no porque pensase que todo era posible y que tan larga dilación daba cabida a muchas esperanzas, sino para someterse a las leyes, para hacer fruir a sus amigos del Sócrates de los postreros momentos. ¿Qué mayor absurdo que despreciar la muerte y, en cambio, temer el veneno? Escribonia, mujer enérgica, fue la tía de Druso Libón, un joven tan necio como noble, que aspiraba a puestos superiores a los que nadie en aquel tiempo, o él mismo en cualquier tiempo, podía ambicionar. Cuando era sacado del senado, enfermo, en una litera, acompañado de un cortejo en verdad poco concurrido -pues todos sus familiares habían abandonado sin piedad a quién más que un reo era ya un cadáver-, se puso a deliberar si se daría la muerte o esperaría su llegada. Escribonia le reprendió: «¿por qué te complaces en llevar a cabo un asunto que te es ajeno?». Pero no logró convencerle; él se quitó la vida y con toda razón. Porque quien a los tres o cuatro días va a morir por decisión del enemigo, si prolonga la vida, cumple el cometido de otro. Así que no se puede decidir de forma general si hemos de anticiparnos a la muerte o aguardar su venida, en el caso de que una violencia externa nos conmine con ella; existen diversas circunstancias que pueden decidirnos por una u otra alternativa. Si se nos da opción entre una muerte dolorosa y otra sencilla y apacible, ¿Por qué no escoger esta última? Del mismo modo que elegiré la nave en que navegar y la casa en que habitar, así también la muerte con que salir de la vida. Por otra parte, así como no siempre es mejor la vida más larga, así resulta siempre peor la muerte que más se prolonga. Más que en ningún otro asunto es en el trance de la muerte cuando debemos seguir la inclinación de nuestra alma. Busque la salida por donde le guíe su impulso: bien sea que apetezca la espada, o la cuerda, o algún veneno que penetre en las venas, prosiga hasta el final y rompa las cadenas de la esclavitud. Su vida cada cual debe hacerla aceptable a los demás, su muerte a sí mismo: la mejor es la que nos agrada. Son torpes estos raciocinios: «Uno dirá que he obrado con poca entereza, otro que con excesiva temeridad, un tercero que existía algún género de muerte que exigía mayor esfuerzo». Por tu parte has de pensar que se ventila una decisión que no concierne a la opinión pública. Atiende tan sólo a este objetivo: a sustraerte lo más pronto posible a la fortuna; por lo demás no faltarán quienes juzguen mal de tu acción. Encontrarás incluso maestros de sabiduría que niegan sea lícito hacer violencia a la propia vida y consideran como pecado que uno se convierta en su propio asesino: hay que aguardar, dicen, el final que la naturaleza determinó. Quien así habla no se da cuenta de que bloquea el camino hacia la libertad.

Ninguna solución mejor ha encontrado la ley eterna que la de habernos otorgado una sola entrada en la vida y muchas salidas. ¿Voy a esperar la crueldad de la enfermedad o de los

humanos, cuando puedo abrirme paso a través de los tormentos y conjurar la adversidad? Este es un motivo importante para no quejarnos de la vida: que a nadie retiene. Buena es la condición de las cosas humanas, dado que nadie es desgraciado sino por su culpa. ¿Te agrada? Sigue viviendo. ¿No te agrada? Puedes regresar a tu lugar de origen. Para aliviar el dolor de cabeza a menudo te has sangrado; para suprimir la plétora, uno se abre la vena. No se precisa de una dilatada herida para cortarse las entrañas: basta el bisturí para abrir el camino hacia aquella excelsa libertad; la seguridad depende de un pinchazo. ¿Cuál es, pues, el motivo de nuestra indolencia y torpeza? Ninguno de nosotros piensa que algún día tendrá que salir de este domicilio, cual viejos inquilinos a quienes su apego al lugar y sus hábitos les retienen en su casa aun en medio de afrentas. ¿Quieres mantenerte libre frente a ese tu cuerpo? Habita en él como quien tiene que cambiar de residencia. Recuerda que algún día te verás privado de ese consorcio: te harás más fuerte ante la necesidad de partir. Pero ¿cómo van a pensar en su final quienes no ponen límite alguno a sus deseos? Para ningún otro asunto es tan necesaria la preparación, ya que en otros casos puede que el adiestramiento resulte superfluo. El alma se ha preparado para la pobreza: hemos mantenido la riqueza. Nos hemos fortalecido para desdeñar el dolor: la prueba de esta virtud jamás nos la exigirá el vigor de nuestro cuerpo robusto y sano. Nos aleccionamos para soportar con firmeza la nostalgia de los seres queridos: a todos cuantos amábamos la fortuna nos los conservó en vida. Ésta es, pues, la única preparación que algún día se nos exigirá poner en práctica. No tienes por qué pensar que sólo los grandes caracteres tuvieron entereza para destruir las barreras de la esclavitud humana. No tienes por qué juzgar que esto no pudo hacerlo más que Catón, quien arrancó con la mano el alma que no había podido expulsar con la espada. Hombres de ínfima condición con un poderoso impulso alcanzaron el lugar seguro; puesto que no les era posible morir a su gusto ni escoger conforme a su deseo los instrumentos de muerte, arrebataron cualquier objeto a su alcance y aquello que no era nocivo por naturaleza lo transformaron con su violencia en dardo mortífero. Poco ha, durante una lucha de gladiadores con las fieras, uno de los germanos que iba a participar en el espectáculo matinal se retiró al excusado para evacuar –a ningún otro lugar reservado se le permitía ir sin escolta-. Allí, el palo que, adherido a una esponja, se emplea para limpiar la impureza del cuerpo, lo embutió todo entero en la garganta, con lo que, obstruidas las fauces, se ahogó. Acto éste que supuso un escarnio para la muerte. Así, desde luego, poco limpiamente, poco decorosamente. ¿Hay algo más absurdo que morir con mucha finura? ¡Oh varón fuerte!, ¡digno de hacer la elección de su destino! ¡Con qué firmeza se hubiera servido de la espada! , ¡con cuánto arrojo se hubiera lanzado a la sima profunda del mar o a un precipicio escarpado! Desprovisto de todo recurso, aún halló la manera de tener que agradecer sólo a sí mismo la muerte y el arma mortal, a fin de que aprendamos que para morir no existe más obstáculo que nuestra voluntad. Juzgue cada cual, según su propio criterio, la acción de este hombre tan impetuoso, con tal que esté de acuerdo en que debemos preferir la muerte más inmundada a la más noble esclavitud.

Puesto que he comenzado a aducir ejemplos de gente humilde, continuaré con ellos: sin duda cada cual será más exigente consigo si comprueba que la muerte aun los más despreciables la pueden despreciar. Los Catones, los Escipiones y otros cuyos nombres estamos acostumbrados a escuchar con admiración los suponemos a una altura inimitable. Ahora yo te mostraré que de esta virtud tenemos tantos ejemplos entre los que combaten en el circo con las fieras como entre los caudillos de la guerra civil. Poco ha,

cuando era llevado en un carro, en medio de la escolta, un esclavo destinado al espectáculo matinal, bamboleándose como dominado por el sueño, dejó caer la cabeza hasta introducirla entre los radios de la rueda, y se mantuvo en su asiento hasta tanto que el giro de ésta le cortase el cuello: en el mismo vehículo que le conducía al suplicio, escapó de éste. Ningún obstáculo existe para quien desea forzarlo y salir: la naturaleza nos guarda en campo abierto. Aquel a quien su extrema necesidad se lo permite, trate de conseguir una salida fácil; quien tiene a mano muchos medios de liberarse debe hacer su elección examinando por dónde escapará mejor; a quien la ocasión se le presenta difícil, ese que agarre la más próxima como la mejor, aunque sea inaudita, aunque sea sorprendente. No le faltarán iniciativas para la muerte a quien no le falte valor. ¿Te das cuenta cómo hasta los esclavos más viles, cuando el dolor les estimula, aguzan su ingenio y engañan a la guardia más atenta? Grande es el hombre que no sólo se impuso a sí mismo la muerte, sino que, además, la encontró. Sobre aquellas mismas competiciones del circo te he prometido varios ejemplos: Durante el segundo espectáculo de la naumaquia uno de los bárbaros hundió entera en su garganta la lanza que había recibido contra sus adversarios. «¿Por qué», se decía, «por qué no huyo al instante de todo tormento, de todo escarnio? , ¿por qué con las armas en la mano aguardo la muerte?». Este espectáculo resultó tanto más bello cuanto es más digno que los hombres aprendan a morir que a matar. ¿Qué, pues? El valor que posee hasta la gente depravada y criminal ¿no lo poseerán aquellos a quienes para arrostrar tales infortunios les aleccionó una larga meditación y la razón, maestra de todo saber? Ella nos enseña que, si la muerte tiene múltiples accesos, su final es el mismo, y que nada importa dónde comienza lo que al fin llega. Esa misma razón te exhorta a morir de la forma que te agrada, si puedes; pero si no, de la forma que te sea posible, y que eches mano de cuanto tuvieres a tu alcance para quitarte la vida. Es vergonzoso vivir del robo; por el contrario, morir mediante un robo es magnífico.

Entereza necesaria para el suicidio

De improviso se nos han presentado hoy las naves de Alejandría que suelen adelantarse para anunciar la llegada de la flota que vendrá en seguida: se las llama mensajeras. Grata resulta a los campanos su contemplación; todo el pueblo de Putéolos se concentra en los muelles y por la misma forma de las velas reconoce a las alejandrinas aun en medio de una gran multitud de navíos; porque sólo a ellas se les permite extender la gavia que todas las naves izan en alta mar.

Nada, en verdad, favorece tanto la travesía como la parte superior de la vela: en ese lado el navío recibe el máximo impulso. Así que cuantas veces arrecia el viento y sopla con más ímpetu del necesario, se baja la antena, ya que el soplo en la parte inferior tiene menos fuerza. Una vez que se han introducido por Cápreas y el promontorio desde el cual sobre un peñasco tempestuoso Palas contempla la alta mar, es norma que las restantes naves se contenten con la vela mayor; la gavia se reserva como distintivo para las alejandrinas. En medio de esta carrera apresurada de toda la población hacia la costa, experimenté gran placer en mi pereza por cuanto, habiendo de recibir cartas de los míos, no me apresuré por conocer cuál era en aquellas tierras el estado de mis asuntos, ni qué noticias me traían. Hace ya tiempo que no experimento ni pérdida, ni ganancia alguna. Este sentimiento habría de tenerlo, aunque no fuese un viejo, pero ahora con mucha más razón: por escasas que fueran mis provisiones, me quedaría, con todo, más viático que camino por recorrer, sobre todo, cuando estamos metidos en un camino que no hay

necesidad de recorrer hasta el final. Un itinerario quedará incompleto si uno se detiene a mitad del recorrido, o antes del término fijado; la vida no queda incompleta, cuando es honesta. En el punto en que uno termine, si termina bien, queda consumada. Mas, con frecuencia hay que terminarla hasta con energía, y no por las causas más graves, puesto que tampoco son las más graves las que nos retienen. Tulio Marcelino, a quien conociste muy bien, joven reposado, envejecido prematuramente, al verse acosado por una enfermedad, no incurable, por cierto, pero larga, penosa y que reclamaba mucha atención, se puso a reflexionar si se daría la muerte. Reunió numerosos amigos. De éstos, unos, atendiendo a la timidez de él, le daban el consejo que se hubieran dado a sí mismos; otros, a fuer de serviles y lisonjeros, le aconsejaban lo que suponían sería más grato a sus cavilaciones. Un estoico, amigo nuestro, hombre eminente y, para alabarle en los términos en que lo merece, esforzado y diligente, Fue, a mi juicio, quien le exhortó mejor. Así, en efecto, se expresó: «No te atormentes, querido Marcelino, como quien delibera sobre un gran asunto. No es un gran asunto la vida; todos tus esclavos, todos los animales viven. La gran proeza estriba en morir con honestidad, con prudencia, con fortaleza. Reflexiona cuánto tiempo hace que te ocupas de las mismas cosas: la comida, el sueño, el placer sexual; nos movemos en esta órbita. El deseo de morir no solo puede afectar al prudente, al valeroso, o al desdichado, sino también al hastiado de la vida». No precisaba Marcelino de exhortación, sino de ayuda; los esclavos no querían secundar sus deseos. Primeramente el estoico les quitó el miedo, indicándoles que la servidumbre sólo corre peligro cuando no está claro que la muerte del señor haya sido voluntaria; que, por lo demás, darían tan mal ejemplo causando la muerte a su dueño como apartándole de ella. Luego recordó al propio Marcelino que obraría noblemente si, como sucede al terminar la cena, que se reparten las sobras entre los criados que están en torno a la mesa, así, al terminar la vida, ofreciese algún obsequio a quienes habían sido servidores suyos de toda la vida. Era Marcelino de espíritu condescendiente y generoso, aun cuando se trataba de sus propios bienes; así que distribuyó pequeñas cantidades a sus afligidos siervos y además los consoló. No tuvo necesidad ni de espada, ni de efusión de sangre: guardó ayuno durante tres días y en su dormitorio mandó colocar un dosel. A continuación se introdujo en él la bañera en la que permaneció largo tiempo; por efecto del agua caliente vertida en ella sin interrupción fue debilitándose poco a poco, no sin cierto placer, según decía, como el que suele producir un ligero desfallecimiento del que no me falta experiencia, ya que algunas veces he sufrido esos desmayos. Me he alargado en un relato que no va a desagradarte; así conocerás que el final de tu amigo no fue penoso, ni lamentable. Pues aunque se dio la muerte, dulcísimo se nos fue y escapó de la vida. Pero tampoco este relato habrá sido sin provecho. A menudo la necesidad reclama tales ejemplos. A menudo tenemos obligación de morir y nos resistimos, estamos en trance de muerte y nos oponemos a ella. Nadie hay tan ignorante que no sepa que ha de morir algún día; sin embargo, cuando se acerca el momento, busca escapatorias, se estremece y llora. ¿Acaso no te parece el más necio de todos quien se lamenta de no haber vivido hace mil años? Igualmente es necio quien se lamenta porque no vivirá dentro de mil años. Ambas posturas coinciden: no existirás, como no has existido; uno y otro tiempo no te pertenecen. Colocado como estás en este instante del tiempo, si piensas prolongarlo, ¿hasta cuándo lo prolongarás? ¿Por qué lloras?, ¿por qué suspiras? Esfuerzo vano.

No esperes que tus súplicas vayan a modificar las decisiones de los dioses

Son firmes e inmutables; una imperiosa y eterna necesidad las regula. Irás a donde van a parar todas las cosas. ¿Dónde está para ti la novedad? Para cumplir esta ley has venido al mundo. Lo propio aconteció a tu padre, a tu madre, a tus antepasados, a todos los que te precedieron, a todos los que te seguirán. Un nexo indestructible, que ninguna fuerza puede cambiar, encadena y arrastra a todos los seres. ¡Cuán gran número de mortales te seguirá!, ¡cuán gran número te acompañará en ese trance! Te sentirías más valiente, según pienso, si muchos miles de seres muriesen a una contigo; y, sin embargo, son muchos miles tanto de hombres como de animales los que, en el preciso momento en que no te decides a morir, expiran de diversas formas. ¿Es que no pensabas que llegarías algún día al término al que constantemente te dirigías? No existe camino que no tenga final. ¿Piensas que voy a relatarte ahora casos ejemplares de grandes hombres? Te relataré en su lugar casos de niños. La tradición Conserva el recuerdo de aquel lacedemonio, todavía impúber, quien, hecho prisionero, decía a gritos en su propio dialecto dórico: «No seré esclavo». Y cumplió fielmente su promesa. Tan pronto se le ordenó realizar una función servil y degradante -se le ordenaba traer un recipiente de inmundicias- se abrió la cabeza, sacudiéndola contra la pared. Tan cerca tenemos la libertad y ¿aún existen esclavos?, ¿no preferirías, por tanto, que tu hijo pereciera de forma similar, a que se hiciera viejo siendo un cobarde? ¿Por qué tanta preocupación si la muerte valerosa está también al alcance de los niños? Supón que no quieres proseguir la marcha: te empujarán adelante. Haz que dependa de ti lo que está en poder de otros. ¿No tomarás aliento de este niño para decir: «No Soy esclavo»? Desdichado, eres esclavo de los hombres, de las cosas, de la vida; porque la vida, si falta el valor de morir, se convierte en servidumbre.

¿Tienes acaso algún aliciente para esperar? Los mismos placeres que te demoran y retienen los has agotado: ninguno hay que sea nuevo para ti, ninguno que no te lo haya hecho odioso la propia saciedad. El sabor del vino puro y el sabor del mulso lo conoces; nada importa que sean cien o mil las ánforas que pasan por tu vejiga: eres un filtro. El sabor de la ostra y el del salmonete lo conoces muy bien. Tu voluptuosidad no te reservó para los años venideros placer alguno que no hayas probado; y, sin embargo, estos son los goces de los que, contra tu voluntad, se te arrancará. ¿Qué otra cosa hay que lamentees que te sea arrebatada? ¿Los amigos?, ¿es que sabes ser amigo? ¿La patria?, ¿acaso le tienes tanta estima que por ella te retrasas en cenar? ¿El sol? Si pudieras lo apagarías. ¿Qué acción, en verdad, realizaste jamás digna de su luz? Reconoce que no es el afecto al Senado, al foro, ni a la misma naturaleza el que te vuelve tan lento para morir. Contrariado abandonas un mercado en el que no has dejado provisión alguna. Temes la muerte. ¿Cómo, entonces, la menosprecias mientras te hartas de setas? Quieres vivir. Pero ¿sabes hacerlo? Temes morir: ¿y qué?, ¿esta tu vida no equivale a la muerte? Pasando Gayo César por la Vía Latina, uno del grupo de los presidiarios, cuya vieja barba se le hundía hasta el pecho, le suplicaba que ordenase su muerte. El emperador le respondió: «¿Realmente ahora vives?». Tal respuesta hay que dar a aquellas personas para quienes la muerte supondría un beneficio. Temes morir: ¿realmente ahora vives? «Pero yo», objetará alguien, «que realizo muchos actos honestos quiero seguir viviendo; contra mi voluntad abandono los deberes de la vida que; voy cumpliendo con fidelidad y diligencia». ¿Cómo? ¿Ignoras que uno de los deberes de la vida es también el de morir? No abandonas deber alguno, ya que no se fija un número determinado de ellos que haya que

cumplir. Toda vida es de corta duración. En efecto, si tomas como referencia la duración del universo, resulta de corta duración hasta la vida de Néstor y de Satia, la que ordenó grabar en su sepulcro que había vivido noventa y nueve años. Ahí tienes a una mujer que se gloriaba de su larga senectud: ¿quién la hubiera podido soportar si hubiese tenido la suerte de cumplir los cien años? Como una obra teatral, así es la vida: importa no el tiempo, sino el acierto con que se ha representado. No atañe a la cuestión el lugar en que termines. Termina donde te plazca, tan sólo prepara un buen final.

<http://es.scribd.com/doc/22535614/Algunas-cartas-de-Seneca-a-Lucilio>

El Tiempo

Séneca a su Lucilio saluda,

Obra así, querido Lucilio: reivindica para ti la posesión de ti mismo, y el tiempo que hasta ahora se te arrebatava, se te sustraía o se te escapaba, recupéralo y consévalo.

Persuádate de que esto es así tal como escribo: unos tiempos se nos arrebatan, otros se nos sustraen y otros se nos escapan. Sin embargo, la más reprehensible es la pérdida, que se produce por la negligencia. Y, si quieres poner atención, te darás cuenta de que una gran parte de la existencia se nos escapa obrando mal, la mayor parte estando inactivos, toda ella obrando cosas distintas de las que debemos.

¿A quién me nombrarás que conceda algún valor al tiempo, que ponga precio al día, que comprenda que va muriendo cada momento? Realmente nos engañamos en esto: que consideramos lejana la muerte, siendo así que gran parte de ella ya ha pasado. Todo cuanto de nuestra vida queda atrás, la muerte lo posee.

Por lo tanto, querido Lucilio, haz lo que me dices que estás haciendo: acapara todas las horas. Así sucederá que estés menos pendiente del mañana, si te has aplicado al día de hoy. Mientras aplazamos las decisiones, la vida transcurre.

Todo, Lucilio, es ajeno a nosotros, tan sólo el tiempo es nuestro : la naturaleza nos ha dado la posesión de f este único bien fugaz y deleznable, del cual nos despoja cualquiera que lo desea.

Y es tan grande la necesidad de los mortales, que permiten que se les carguen a su cuenta las cosas más insignificantes y viles, en todo caso sustituibles, cuando las han recibido; en cambio, nadie que dispone del tiempo se considera deudor de nada, siendo así que éste es el único crédito que ni siquiera el más agradecido puede restituir.

Quizás me preguntes qué conducta observo yo, que te doy estos consejos. Te lo confesaré sinceramente: como le acontece a un hombre pródigo, pero cuidadoso, tengo en orden la cuenta de mis gastos. No podría afirmar que no derroche nada, pero te podría decir qué es lo que derrocho, por qué y cómo: te expondré las causas de mi pobreza.

Pero me acontece a mí lo que a muchos de los que, sin culpa suya, han caído en la indigencia: todos les disculpan, nadie les auxilia.

En conclusión ¿qué significa esto? Que no considero pobre a quien le satisface cuanto le queda, por poco que sea. Con todo, prefiero que tú conserves tus bienes y así comenzarás en el tiempo justo. Pues, según el aforismo de nuestros mayores, «es ahorro demasiado tardío el que se consigue en el fondo del vaso» : en el sedimento no sólo queda una parte insignificante, sino la peor.

Ita fac, mi Lucili: vindica te tibi, et tempus quod adhuc aut auferebatur aut subripiabatur aut excidebat collige et serva. Persuade tibi hoc sic esse ut scribo: quaedam tempora eripiuntur nobis, quaedam subducuntur, quaedam effluunt. Turpissima tamen est iactura quae per negligentiam fit. Et si volueris attendere, magna pars vitae elabitur male agentibus, maxima nihil agentibus, tota vita aliud agentibus. Quem mihi dabis qui aliquod pretium tempori ponat, qui diem aestimet, qui intellegat se cotidie mori? In hoc enim fallimur, quod mortem prospicimus: magna pars eius iam praeterit; quidquid aetatis

retro est mors tenet. Fac ergo, mi Lucili, quod facere te scribis, omnes horas complectere; sic fiet ut minus ex crastino pendeas, si hodierno manum inieceris. Dum differtur vita transcurrit. Omnia, Lucili, aliena sunt, tempus tantum nostrum est; in huius rei unius fugacis ac lubricae possessionem natura nos misit, ex qua expellit quicumque vult. Et tanta stultitia mortalium est ut quae minima et vilissima sunt, certe reparabilia, imputari sibi cum impetravere patiantur, nemo se iudicet quicumque debere qui tempus accepit, cum interim hoc unum est quod ne gratus quidem potest reddere.

Interrogabis fortasse quid ego faciam qui tibi ista praecipio. Fatebor ingenue: quod apud luxuriosum sed diligentem evenit, ratio mihi constat impensae. Non possum dicere nihil perdere, sed quid perdam et quare et quemadmodum dicam; causas paupertatis meae reddam. Sed evenit mihi quod plerisque non suo vitio ad inopiam redactis: omnes ignoscunt, nemo succurrit. Quid ergo est? non puto pauperem cui quantulumcumque superest sat est; tu tamen malo serves tua, et bono tempore incipies. Nam ut visum est maioribus nostris, 'sera parsimonia in fundo est'; non enim tantum minimum in imo sed pessimum remanet. Vale.

Séneca a su Lucilio saluda,

Perservera como comenzaste y apresúrate cuanto puedas a fin de que disfrutes más largo tiempo de un espíritu enmendado y ordenado. Disfrutas ya pues mientras enmiendas, también mientras ordenas: todavía otro es el placer que se percibe de la contemplación de una mente inmaculada y resplandeciente.

Con seguridad conservas en tu memoria cuan grande fue tu alegría cuando desataviada tu pretexta, vestiste la toga viril y fuiste conducido al foro. Aún más espera cuando hayas depuesto el espíritu infantil y la filosofía te enrole entre los hombres. Queda empero, no la infancia, sino más grave, la puerilidad. Peor aún, por cuanto tenemos la autoridad de los viejos y persisten todavía los defectos de los niños, y no sólo de los niños sino de los infantes. Aquellos, de levedades, éstos de falsas visiones se espantan. Nosotros de ambas.

Avanza pues: comprenderás qué muchas cosas tanto menos deben temerse justamente porque que demasiado temor consigo acarrear. Para nada es un gran mal el que es final. La muerte viene hacia tí. De temer sería si pudiese permancer contigo: necesario es, o bien que no llegue o bien que pase de largo.

"Difícil es" - dices - "persuadir el ánimo a despreciar lo que lo anima". ¿Pero es que no ves acaso cuán frívolas son las causas por las que la vida puede ser desdeñada? Uno se colgó de un lazo frente a la puerta de su amante, otro se precipitó del techo para no escuchar más a su colérico amo; un fugado se incrustó el hierro en sus vísceras para no ser reconducido. ¿No crees que la virtud pueda lograr lo que el exceso de pavor? Nadie puede llevar una vida serena si piensa excesivamente en prolongarla, nadie, para quién el contar varios cónsules figure entre sus mayores bienes.

Medita esto cotidianamente para que puedas con ánimo igual abandonar la vida, a la que muchos se abrazan y se obstinan a la manera de aquellos que arrastrados por las aguas de un torrente, se aferran a espinas y zarzas. Los más, flotan miserables entre el pavor de la muerte y los tormentos de la vida: vivir no quieren, morir no saben.

Persevera ut coepisti et quantum potes prospera, quo diutius frui emendato animo et composito possis. Frueris quidem etiam dum emendas, etiam dum componis: alia tamen illa voluptas est quae percipitur ex contemplatione mentis ab omni labe purae et splendidae. Tenes utique memoria quantum senseris gaudium cum praetexta posita sumpsisti virilem togam et in forum deductus es: maius expecta cum puerilem animum

deposueris et te in viros philosophia transcripserit. Adhuc enim non pueritia sed, quod est gravius, puerilitas remanet; et hoc quidem peior est, quod auctoritatem habemus senum, vitia puerorum, nec puerorum tantum sed infantum: illi levia, hi falsa formidant, nos utraque. Profice modo: intelleges quaedam ideo minus timenda quia multum metus afferunt. Nullum malum magnum quod extremum est. Mors ad te venit: timenda erat si tecum esse posset: necesse est aut non perveniat aut transeat. 'Difficile est' inquis 'animum perducere ad contemptionem animae.' Non vides quam ex frivolis causis contemnatur? Alius ante amicae fores laqueo pependit, alius se praecipitavit e tecto ne dominum stomachantem diutius audiret, alius ne reduceretur e fuga ferrum adegit in viscera: non putas virtutem hoc effecturam quod efficit nimia formido? Nulli potest segura vita contingere qui de producenda nimis cogitat, qui inter magna bona multos consules numerat. Hoc cotidie meditare, ut possis aequo animo vitam relinquere, quam multi sic complectuntur et tenent quomodo qui aqua torrente rapiuntur spinas et aspera. Plerique inter mortis metum et vitae tormenta miseri fluctuantur et vivere nolunt, mori nesciunt.

▮ Viajes y Lecturas

Séneca a su Lucilio saluda,

Por lo que me escribes y por lo que escucho, albergo buenas esperanzas respecto de tí: no te dispersas ni te inquietas por cambiar de lugar de vida. Tal agitación resultaría de un ánimo enfermizo: la primera muestra de un espíritu equilibrado es la facultad de situarse y permanecer en sí mismo.

Por otra parte presta atención que tu afán de múltiples autores y de todo tipo de lecturas no conlleve algo de vago e inestable. Es el talento probado lo que debes alojar y nutrir para asentar lo fidedigno en tu espíritu. En ningún lado está aquel que está en todos lados. La vida de peregrinaje trae aperejada muchos anfitriones y ningún amigo. Lo mismo acontece inevitablemente a quien, en lugar de aplicarse a profundizar un autor de talento, sobrevuela varios agitada y precipitadamente.

No aprovecha ni nutre el cuerpo el alimento que ni bien consumido es regurgitado. Nada obsta más a la salud que el cambio frecuente de remedios, no cicatriza la herida en la que se ensayan curaciones ni crece el árbol que frecuentemente se trasplanta. Nada es tan perdurable que pueda aprovecharse simplemente de pasaje. Mantente alejado de plétora de libros: si no puedes leer todo lo que puedas poseer, suficiente te sea poseer lo que puedas leer.

A veces - dices - quiero hojear tal libro, a veces tal otro. Empalagarse con muchas cosas es lo propio de los estómagos hastiados. Lo mucho y lo muy diverso, no nutre: contamina. Cíñete a los genios reconocidos y si para distraerte te complaces con lecturas diversas, retorna siempre a los primeros. Emprende cotidianamente algo contra la pobreza, algo contra la muerte y no menos contra otras calamidades. Luego de andar camino, procúrate un extracto para reflexionar en dicho día.

Yo mismo hago tal cosa: de lo mucho que leo siempre retengo algún pasaje. El de hoy día proviene de Epicuro (suelo transitar en el campo adverso, pero no en tanto que tráfuga sino como explorador):

"honorable " - dice - "es la pobreza feliz".

Pero en tal caso, si feliz, no puede aquella denominarse pobreza: no es pobre aquel que poco posee, sino aquel que mucho ambiciona. ¿Qué importa, en efecto, cuánto se detiene

en arcas, cuánto se acumula en graneros, el ganado que se posee o el dinero colocado a interés, si se codicia lo de otro, si no es lo que ya se tiene lo que cuenta sino aquello que se estima deber tener?

Me preguntas cuál debería ser la medida de la riqueza: primero tener lo necesario, luego lo suficiente.

Que sigas bien.

Ex iis quae mihi scribis et ex iis quae audio bonam spem de te concipio: non discurris nec locorum mutationibus inquietaris. Aegri animi ista iactatio est: primum argumentum compositae mentis existimo posse consistere et secum morari. Illud autem vide, ne ista lectio auctorum multorum et omnis generis voluminum habeat aliquid vagum et instabile. Certis ingeniis immorari et innutrirí oportet, si velis aliquid trahere quod in animo fideliter sedeat. Nusquam est qui ubique est. Vitam in peregrinatione exigentibus hoc evenit, ut multa hospitia habeant, nullas amicitias; idem accidat necesse est iis qui nullius se ingenio familiariter applicant sed omnia cursim et properantes transmittunt. Non prodest cibus nec corpori accedit qui statim sumptus emittitur; nihil aequè sanitatem impedit quam remediorum crebra mutatio; non venit vulnus ad cicatricem in quo medicamenta temptantur; non convalescit planta quae saepe transfertur; nihil tam utile est ut in transitu prosit. Distingit librorum multitudo; itaque cum legere non possis quantum habueris, satis est habere quantum legas. 'Sed modo' inquis 'hunc librum evolvere volo, modo illum.' Fastidientis stomachi est multa degustare; quae ubi varia sunt et diversa, inquinant non alunt. Probatos itaque semper lege, et si quando ad alios deverti libuerit, ad priores redi. Aliquid cotidie adversus paupertatem, aliquid adversus mortem auxili compara, nec minus adversus ceteras pestes; et cum multa percurreris, unum excerpe quod illo die concoquas. Hoc ipse quoque facio; ex pluribus quae legi aliquid apprehendo. Hodiernum hoc est quod apud Epicurum nanctus sum - soleo enim et in aliena castra transire, non tamquam transfuga, sed tamquam explorator -: 'honesta' inquit 'res est laeta paupertas'. Illa vero non est paupertas, si laeta est; non qui parum habet, sed qui plus cupit, pauper est. Quid enim refert quantum illi in arca, quantum in horreis iaceat, quantum pascat aut feneret, si alieno imminet, si non acquisita sed acquirenda computat? Quis sit divitiarum modus quaeris? primus habere quod necesse est, proximus quod sat est. Vale.

▮ Amistad

Séneca a su Lucilio saluda,

Encomendaste entregarme unas cartas, como lo escribes, por intermedio de tu amigo. Luego me amonestas, respecto de todo lo pertinente a ti, de no ponerle al tanto, puesto que no sueles ni tu mismo hacerlo con él. Así, en una misma carta lo dijiste amigo y lo negaste. En efecto, si utilizaste tal locución en un sentido un tanto general y "amigo" lo denominaste como cuando a cualquier candidato llamamos "una buena persona", o así como cuando saludamos llamando "Señor" a quienquiera cuyo nombre se nos escapa, vaya y pase.

Pero si estimas amigo a alguien en quien no confías tanto como en ti mismo, rotundamente erras y no conoces suficientemente la fuerza de la verdadera amistad. Medita, con el amigo, ciertamente de todo. Pero en primer lugar acerca de él mismo: entablada la amistad haz de creer en ella. Antes, haz de juzgarla. Aquellos, que contra los preceptos de Teofrasto invierten el orden de las cosas, después de haber amado juzgan y

dejan de amar cuando hubieron juzgado. Largamente cogita dentro de ti si es digna de ser aceptada la amistad de alguien. Cuando así sucediese, acógelo totalmente en tu seno, dialoga con él con la misma determinación con que lo harías contigo mismo.

En cuanto a ti, vive de tal modo que nada guardes en ti que no pudieras confesar incluso a un enemigo tuyo. Pero como acontecen eventos que la costumbre establece que permanezcan secretos, comparte con el amigo al menos toda inquietud, todo pensamiento. Si lo piensas fiel, fiel lo haces. Pero algunos enseñaron a engañar temiendo el engaño y, por medio de la sospecha, la legitimación de la traición.

¿Cuál es la razón por la que yo tenga que retenerme, aún de una sólo palabra delante de mi amigo? ¿Qué es lo que me llevaría en su presencia a no crearme como delante de mi mismo? Algunos cuentan a quienquiera se les cruza en su pasaje aquello que sólo se podría confiar a un amigo y en cualquier oreja descargan lo que les quema. Otros por el contrario no confían ni en sus seres más queridos y, si así lo pudieran, no confiarían ni en ellos mismos. En su profunda intimidad todo enclaustran en secreto. Ni lo uno ni lo otro es aconsejable, ambas actitudes son nocivas: confiar en todos, no confiar en nadie. Juzgo empero al primer defecto más honorable, al segundo, más seguro. Asimismo son igualmente reprehensibles, tanto aquellos que están siempre inquietos como aquellos que permanentemente se reposan.

En efecto, el gusto por el tumulto no es actividad, sino agitación de mentes exaltadas. Tampoco es reposo la situación en la que el mínimo movimiento se juzga penoso, sino dislocación y languidez.

Por ello, he aquí lo que leí de Pomponio para grabar en el alma: "algunos se refugiaron en las tinieblas a tal punto, que creen turbio todo aquello que se encuentra en plena luz." Ambos estados deben mezclarse: a los pasivos es de actuar, a los inquietos de reposarse.

Con las cosas de la naturaleza delibera: ella te contará que hizo el día pero también la noche.

Que sigas bien.

Epistulas ad me perferendas tradidisti, ut scribis, amico tuo; deinde admones me ne omnia cum eo ad te pertinentia communicem, quia non soleas ne ipse quidem id facere: ita eadem epistula illum et dixisti amicum et negasti. Itaque si proprio illo verbo quasi publico usus es et sic illum amicum vocasti quomodo omnes candidatos 'bonos viros' dicimus, quomodo obvios, si nomen non succurrit, 'dominos' salutamus, hac abierit. Sed si aliquem amicum existimas cui non tantundem credis quantum tibi, vehementer erras et non satis nosti vim verae amicitiae. Tu vero omnia cum amico delibera, sed de ipso prius: post amicitiam credendum est, ante amicitiam iudicandum. Isti vero praepostero officia permiscent qui, contra praecepta Theophrasti, cum amaverunt iudicant, et non amant cum iudicaverunt. Diu cogita an tibi in amicitiam aliquis recipiendus sit. Cum placuerit fieri, toto illum pectore admitte; tam audaciter cum illo loquere quam tecum. Tu quidem ita vive ut nihil tibi committas nisi quod committere etiam inimico tuo possis; sed quia interveniunt quaedam quae consuetudo fecit arcana, cum amico omnes curas, omnes cogitationes tuas misce. Fidelem si putaveris, facies; nam quidam fallere docuerunt dum timent falli, et illi ius peccandi suspicando fecerunt. Quid est quare ego ulla verba coram amico meo retraham? quid est quare me coram illo non putem solum? Quidam quae tantum amicis committenda sunt obviis narrant, et in quaslibet aures quidquid illos urit exonerant; quidam rursus etiam carissimorum conscientiam reformidant et, si possent, ne sibi quidem credituri interius premunt omne secretum. Neutrum faciendum est; utrumque enim vitium est, et omnibus credere et nulli, sed

alterum honestius dixerim vitium, alterum tutius. Sic utrosque reprehendas, et eos qui semper inquieti sunt, et eos qui semper quiescunt. Nam illa tumultu gaudens non est industria sed exagitatae mentis concursatio, et haec non est quies quae motum omnem molestiam iudicat, sed dissolutio et languor. Itaque hoc quod apud Pomponium legi animo mandabitur: 'quidam adeo in latebras refugerunt ut putent in turbido esse quidquid in luce est'. Inter se ista miscenda sunt: et quiescenti agendum et agenti quiescendum est. Cum rerum natura delibera: illa dicet tibi et diem fecisse se et noctem. Vale.

Séneca a su Lucilio saluda,

Percibo, Lucilo, no tanto me enmiendo como me transfiguro. No pretendo ni espero que ya nada quede en mí que no haya que cambiar. ¿Por qué no tendría todavía mucho que sujetar, que extenuar, que fortificar? Y esto es ya en sí la prueba de una mejoría del espíritu: que los vicios que hasta ahora ignoraba, ve. Algunos enfermos son dignos de halago cuando se descubren sí mismos enfermos.

Quisiera por eso, compartir contigo esta tan súbita mutación mía; entonces nuestra amistad comenzaría a tener esa confianza más certera, aquella de la verdadera amistad, la que ninguna espera, ningún temor ni el cuidado de interés alguno puede romper, aquella con la cual los hombres mueren, por la cual mueren.

Muchos puedo mencionarte que, no de amigo, pero de amistad carecieron. Esto no puede suceder cuando el ánimo de compartir es impulsado por la voluntad de buscar lo noble. ¿Y por qué no es posible? Porque saben que todo lo tienen en común y aún más todavía: la adversidad. No puedes concebir en tu espíritu cuánto impulso me aporta consigo cada día.

"Envíanos entonces" - dices - "todo aquello cuya eficacia tan bien conoces". Yo deseo ciertamente transfundir todo en ti. Y en esto, si en algo aprender me regocija, es para enseñar. Ningún conocimiento me deleitaría, si eximio y saludable que fuere, si yo fuese su único depositario. Si me fuera dada sabiduría bajo tal condición, para enclaustrarla y no transmitirla, la rechazaría: de ningún bien la posesión es jocunda sin socio.

Te enviaré en consecuencia los libros mismos y, para que no dilapides esfuerzos buscando aquí y allá las citas más provechosas, colocaré marcas que te lleven inmediatamente a los pasajes que apruebo y admiro. Sin embargo, de mayor provecho te serían la palabra de viva voz y la vida en común que la palabra escrita. Es necesario que vengas en persona, primero, por que los hombres creen más ampliamente a sus ojos que a sus orejas, segundo, porque largo camino es el de los preceptos, breve y eficaz el del ejemplo.

Cleantes no habría reflejado tan bien a Zenón con sólo haberlo escuchado: estuvo presente en su vida, penetró sus secretos, observó si vivía de conformidad con sus principios. Platón, Aristóteles y toda la hueste de los que por las diversas vías de la sabiduría se dispersaron, fueron conducidos más por las costumbres que por las palabras de Sócrates. La camaradería, no la escuela de Epicuro, hizo de Metrodoro, de Hermarcho, de Polieno grandes hombres. No tanto te convoco para que prograses sino para que hagas progresar: mucho es en efecto lo que el uno al otro aportaremos.

Entretanto, te revelo aquella pequeña recompensa cotidiana que te debo, que hoy en lo de Hecatón me deleitó: "Me preguntas" - dice - "¿qué he ganado? Comencé a ser mi amigo." Mucho progresó: ¡nunca estará solo! Sábelo, ese amigo existe para todos.

Que sigas bien.

Intellego, Lucili, non emendari me tantum sed transfigurari; nec hoc promitto iam aut spero, nihil in me superesse quod mutandum sit. Quidni multa habeam quae debeant colligi, quae extenuari, quae attolli? Et hoc ipsum argumentum est in melius translati animi, quod vitia sua quae adhuc ignorabat videt; quibusdam aegris gratulatio fit cum ipsi aegros se esse senserunt. Cuperem itaque tecum communicare tam subitam mutationem mei; tunc amicitiae nostrae certiores fiduciam habere coepissem, illius verae quam non spes, non timor, non utilitatis suae cura divellit, illius cum qua homines moriuntur, pro qua moriuntur. Multos tibi dabo qui non amico sed amicitia caruerint: hoc non potest accidere cum animos in societatem honesta cupiendi par voluntas trahit. Quidni non possit? sciunt enim ipsos omnia habere communia, et quidem magis adversa.

Concipere animo non potes quantum momenti afferri mihi singulos dies videam. 'Mitte' inquis 'et nobis ista quae tam efficacia expertus es.' Ego vero omnia in te cupio transfundere, et in hoc aliquid gaudeo discere, ut doceam; nec me ulla res delectabit, licet sit eximia et salutaris, quam mihi uni sciturus sum. Si cum hac exceptione detur sapientia, ut illam inclusam teneam nec enuntiem, reiciam: nullius boni sine socio iucunda possessio est. Mittam itaque ipsos tibi libros, et ne multum operae impendas dum passim profutura sectaris, imponam notas, ut ad ipsa protinus quae probo et miror accedas. Plus tamen tibi et viva vox et convictus quam oratio proderit; in rem praesentem venias oportet, primum quia homines amplius oculis quam auribus credunt, deinde quia longum iter est per praecepta, breve et efficax per exempla. Zenonem Cleanthes non expressisset, si tantummodo audisset: vitae eius interfuit, secreta perspexit, observavit illum, an ex formula sua viveret. Platonem et Aristotelem et omnes in diversum itura sapientium turba plus ex moribus quam ex verbis Socratis traxit; Metrodorum et Hermarchum et Polyaeum magnos viros non schola Epicuri sed contubernium fecit. Nec in hoc te accerso tantum, ut proficias, sed ut prosis; plurimum enim alter alteri conferemus. Interim quoniam diurnam tibi mercedulam debeo, quid me hodie apud Hecatonem delectaverit dicam. 'Quaeris' inquit 'quid profecerim?' amicus esse mihi coepi.' Multum profecit: numquam erit solus. Scito esse hunc amicum omnibus. Vale.

▮ Muerte

Séneca a su Lucilio saluda,

Mucho espíritu tienes, lo sé: ya incluso antes de armarte de preceptos saludables y aptos a vencer las durezas de la vida, estabas bastante conforme de ti frente a la fortuna. Mucho más todavía luego de que vinieses a las manos con aquella y ensayases tus propias fuerzas. En estas nunca podemos tener una fe cierta a menos que de aquí y de allá hayan aparecido dificultades y sin que alguna vez estas nos hayan alguna vez real y peligrosamente abordado. Así - no sometida al juicio de terceros -, nuestra virtud es verdaderamente comprobada, esa es su prueba áurea.

No puede un atleta llevar a la lucha un gran espíritu si nunca fue maltratado: el que ya vio su propia sangre, aquel cuyos dientes crepitaron bajo los puñetazos, el que zancadilleado por su adversario hubo de soportar encima de sí todo el cuerpo de aquel, el que abatido no abatió su ánimo, el que cada vez que cayó resurgió obstinado, desciende a la pugna con gran esperanza.

Ergo, para continuar con esta analogía, frecuentemente ya la fortuna estuvo encima tuyo, sin embargo no te entregaste sino que de un salto arremetiste y más feroz hiciste frente. Mucho se añade a sí mismo en efecto el coraje provocado. No obstante, si te parece, recibe de mi estas ayudas que pueden acorazarte.

Muchas más son, Lucilio, las cosas que nos aterran que las que realmente nos aprietan, frecuentemente sufrimos más las opiniones que la realidad. No estoy hablando contigo la lengua de los estoicos, sino de manera mucho más llana: nosotros decimos que todo aquello que nos arranca gemidos y mugidos son ligerezas dignas de desprecio. Dejemos de lado tan magnas palabras - pero por los dioses, ¡cuán ciertas! -, lo que simplemente te aconsejo es que no seas desgraciado antes de tiempo como cuando aquellas eventualidades que tenidas por inminentes te provocaron pánico: quizás no lleguen nunca, en todo caso, no llegaron.

Algunas cosas en efecto nos atormentan mucho más de lo que deben, otras antes de que deban, todavía otras nos atormentan bien que de ninguna manera deban hacerlo; o bien agrandamos el dolor, o bien lo adelantamos o bien lo fraguamos. En cuanto al primer punto, puesto que el tema está sujeto a controversia y tenemos al respecto una litis abierta, la dejemos de lado por el momento. Lo que yo digo ligero, tu pretendes gravísimo; conozco algunos que ríen entre los latigazos, otros que gimen con puñetazos. Veamos por ello, una de dos, o esto acontece en virtud del evento en sí mismo o por causa de nuestras debilidades.

Concédeme que cada vez que los que te rodean quieran persuadirte de que eres desgraciado, de no reflexionar sobre lo que escuches sino sobre lo que sientes, que deliberes con tu paciencia y tu mismo te interrogues, tu, que mejor que nadie te conoces, "¿de qué es lo que se apiadan estos? ¿Qué es lo que los hace trepidar; como si temiesen que los contamine, como si acaso se pudiera contagiar la calamidad? ¿Es lo que me acontece realmente tan malo o tiene esto más mal renombre que nocividad? Interrógate tu mismo "¿no me estaré torturando, afligiendo sin causa y lo que no es malo, haciéndolo?"

"¿De qué manera" - preguntas - "puedo darme cuenta, si son fútiles o reales los motivos por los que me angustio?" Recibe la regla de estas cosas: o bien nos atormentamos con el presente, o con el futuro o con ambos. Del presente es fácil juzgar: si tu cuerpo está libre, sano y no eres víctima de las injurias de nadie, examinemos la cuestión del futuro: hoy por hoy no tiene nada que hacer.

"¡Pero sin embargo el futuro existe!" En primer lugar, examina si realmente hay o no pruebas ciertas de una desgracia futura, la mayor parte del tiempo en efecto sufrimos a causa de sospechas y juguetea con nosotros aquello de que "en la guerra el rumor desgasta": mucho más desgasta todavía el rumor a un individuo aislado. Así es Lucilio: rápido aceptamos las opiniones, no verificamos aquellas que nos inducen miedo ni las decorticamos, en lugar de esto nos ponemos a temblar y así ofrecemos la espalda a la manera que aquellos que desertan las casernas a causa del polvo levantado por ganado que huye, o como otros que son espantados por rumores dispersados por autor incierto.

No logro explicarme de qué manera, mucho más perturba lo vano, la verdad en efecto tiene su cierta moderación: lo que proviene de lo incierto acarrea consigo las conjeturas y fantasías de un ánimo despavorido. Nada por ello tan pernicioso, tan irrevocable como los temores pánicos, otros miedos ciertamente te privan de la razón, éstos hasta del pensamiento. Investiguemos entonces la cuestión diligentemente. Un mal futuro puede ser verosímil: no quiere decir que sea certero. ¡Cuánto no esperado llegó! ¡Cuánto muy esperado no compareció nunca! Incluso, si un mal futuro debe necesariamente acontecer, ¿quién te obliga a sufrir su dolor ahora? Suficientemente vas a sufrir cuando llegue, en el ínterin preságate algo mejor.

¿Qué es lo que ganas?: tiempo. Muchas veces sucede que un peligro cercano o incluso inminente detiene su curso, desaparece o pasa a otra cabeza: el incendio abre un camino para la fuga; a veces un derrumbe te deposita suavemente, o la espada se frena justo antes de tu cerviz: muchos sobreviven a sus verdugos. Hasta la mala fortuna tiene sus caprichos: puede que llegue, puede que no llega, en el ínterin no es; imagínate algo mejor.

No pocas veces, sin la mínima señal aparente que haga presagiar un mal, se forman en el ánimo falsas representaciones: o bien tergiversamos para peor palabras de significación dudosa o nos imaginamos que ofensas que proferimos tienen mayor entidad que las que realmente poseen y cavilamos, no sobre cuánto enojo pudieron haber provocado, sino sobre todo aquello que podría hacer el ofendido. Así, ninguna razón para vivir habría ni sistema para enumerar las miserias, si se teme todo lo que pudiere temerse.

En esto, la prudencia ayuda, aquí la robustez del ánimo rechaza incluso el miedo que ostensiblemente tiene razón de ser. En caso contrario, neutraliza por lo menos la debilidad con la debilidad y tempera al miedo con la esperanza. De todo esto, nada es tan certero como que no nada de eso que tememos es certero ni que nuestros temores cesen y que nuestras expectativas nos decepcionen.

Ergo, esperanza y temor contraponen y cada vez que algo te parezca totalmente incierto, favorécete: cree lo mejor. Si el miedo tiene más argumentos, inclina en esto la balanza más bien del otro lado. Deja de perturbarte y haz dar vuelta continuamente en tu cabeza la idea siguiente: la mayor parte de los mortales, sin que ningún mal presente ni futuro los afecte para nada, se afiebran y se desbandan. Nadie en efecto se controla cuando comienza a acelerarse ni limita sus temores a lo real, nadie se dice: "el instigador de tal cosa es fantasioso, esto carece de substancia, o bien esto es fraguado o producto de la credulidad" nos dejamos llevar por la más insignificante brisa; nos espanta la duda como si fuera una evidencia; no tenemos en cuenta la justa medida de las cosas, inmediatamente en la inquietud se instala la ansiedad.

Me avergüenza hablar así contigo y proveerte de tan ligeros remedios. Que alguien diga "quizás no llegue": tu dirás "¿y qué entonces, si llega? Habremos de ver quien gana; quizás venga por mi propio bien y la muerte cubre esta vida de honores." La cicuta engrandeció a Sócrates. Quita a Catón la espada que lo liberó: le arrancarás gran parte de su gloria.

Ya demasiado tiempo te estoy exhortando, cuando para ti admoniciones más que exhortaciones serían oportunas. No te estamos guiando manera contraria a tu naturaleza: nacido eras para esto de lo que estamos hablamos; aumenta éste tu bien y embellécelo.

Pero ya pondría a esta carta su fin si su sello imprimiese, es decir, estas magníficas voces que te envió: "Entre otros males, la estupidez tiene todavía este: siempre comenzar a vivir". Considera lo que estas palabras significan, ¡Oh Lucilio, varón óptimo!, comprende cuán insensato sería que el hombre coloque fútilmente todos los días el cimiento de una nueva vida, fundando nuevas expectativas ya al final.

Observa a tu alrededor cuidadosamente: apercibirás ancianos que febriles tejen intrigas, preparan viajes y empresas. ¿Qué hay más torpe que un senil que comienza a vivir? No adjuntaría el nombre del autor de estas palabras; si no figurasen entre las más secretas ni al margen de las cosas corrientes dichas por Epicuro, palabras estas que me permito loar y adoptar.

Que sigas bien.

Multum tibi esse animi scio; nam etiam antequam instrueres te praeceptis salutaribus et dura vincentibus, satis adversus fortunam placebas tibi, et multo magis postquam cum illa manum conseruisti viresque expertus es tuas, quae numquam certam dare fiduciam sui possunt nisi cum multae difficultates hinc et illinc apparuerunt, aliquando vero et propius accesserunt. Sic verus ille animus et in alienum non venturus arbitrium probatur; haec eius obrussa est. Non potest athleta magnos spiritus ad certamen afferre qui numquam suggillatus est: ille qui sanguinem suum vidit, cuius dentes crepuere sub

pugno, ille qui subplantatus ad versarium toto tulit corpore nec proiecit animum proiectus, qui quotiens cecidit contumacior resurrexit, cum magna spe descendit ad pugnam. Ergo, ut similitudinem istam prosequar, saepe iam fortuna supra te fuit, nec tamen tradidisti te, sed subsiluisti et acrior constitisti; multum enim adicit sibi virtus laccessita.

Tamen, si tibi videtur, accipe a me auxilia quibus munire te possis. Plura sunt, Lucili, quae nos terrent quam quae premunt, et saepius opinione quam re laboramus. Non loquor tecum Stoica lingua, sed hac summissiore; nos enim dicimus omnia ista quae gemitus mugitusque expriment levia esse et contemnenda. Omittamus haec magna verba, sed, di boni, vera: illud tibi praecipio, ne sis miser ante tempus, cum illa quae velut imminetia expavisti fortasse numquam ventura sint, certe non venerint. Quaedam ergo nos magis torquent quam debent, quaedam ante torquent quam debent, quaedam torquent cum omnino non debeant; aut augemus dolorem aut praecipimus aut fingimus.

Primum illud, quia res in controversia est et litem contestatam habemus, in praesentia differatur. Quod ego leve dixerō tu gravissimum esse contendes; scio alios inter flagella ridere, alios gemere sub colapho. Postea videbimus utrum ista suis viribus valeant an imbecillitate nostra. Illud praesta mihi, ut, quotiens circumsteterint qui tibi te miserum esse persuadeant, non quid audias sed quid sentias cogites, et cum patientia tua deliberes ac te ipse interrogas, qui tua optime nosti, 'quid est quare isti me complerent? quid est quod trepident, quod contagium quoque mei timeant, quasi transilire calamitas possit? est aliquid istic mali, an res ista magis infamis est quam mala?' Ipse te interroga, 'numquid sine causa crucior et maereo et quod non est malum facio?' 'Quomodo' inquis 'intellegam, vana sint an vera quibus angor?' Accipe huius rei regulam: aut praesentibus torquemur aut futuris aut utrisque. De praesentibus facile iudicium est: si corpus tuum liberum et sanum est, nec ullus ex iniuria dolor est, videbimus quid futurum sit: hodie nihil negotii habet. 'At enim futurum est.' Primum dispice an certa argumenta sint venturi mali; plerumque enim suspicionibus laboramus, et illudit nobis illa quae conficere bellum solet fama, multo autem magis singulos conficit. Ita est, mi Lucili: cito accedimus opinioni; non coarguimus illa quae nos in metum adducunt nec excutimus, sed trepidamus et sic vertimus terga quemadmodum illi quos pulvis motus fuga pecorum exiit castris aut quos aliqua fabula sine auctore sparsa conterruit. Nescio quomodo magis vana perturbant; vera enim modum suum habent: quidquid ex incerto venit coniecturae et paventis animi licentiae traditur. Nulli itaque tam perniciosi, tam inrevocabiles quam lymphatici metus sunt; ceteri enim sine ratione, hi sine mente sunt. Inquiramus itaque in rem diligenter. Verisimile est aliquid futurum mali: non statim verum est. Quam multa non exspectata venerunt! quam multa exspectata nusquam comparuerunt! Etiam si futurum est, quid iuvat dolori suo occurrere? satis cito dolebis cum venerit: interim tibi meliora promitte. Quid facies lucri? tempus. Multa intervenient quibus vicinum periculum vel prope admotum aut subsistat aut desinat aut in alienum caput transeat: incendium ad fugam patuit; quosdam molliter ruina deposuit; aliquando gladius ab ipsa cervice revocatus est; aliquis carnifici suo superstes fuit. Habet etiam mala fortuna levitatem. Fortasse erit, fortasse non erit: interim non est; meliora proponere. Nonnumquam, nullis apparentibus signis quae mali aliquid praenuntiant, animus sibi falsas imagines fingit: aut verbum aliquod dubiae significationis detorquet in peius aut maiorem sibi offensam proponit alicuius quam est, et cogitat non quam iratus ille sit, sed quantum liceat irato. Nulla autem causa vitae est, nullus miseriarum modus, si timetur quantum potest. Hic prudentia prosit, hic robore animi evidentem quoque metum respue; si minus, vitio vitium repelle, spe metum tempera. Nihil tam certum est ex his quae timentur ut non certius sit et formidata subsidere et sperata decipere. Ergo spem ac metum examina, et quotiens incerta erunt omnia, tibi fave: crede quod mavis. Si plures habebit sententias metus, nihilominus in hanc partem potius inclina et perturbare te desine ac subinde hoc in animo volve, maiorem partem mortalium, cum illi nec sit quicquam mali nec pro certo futurum sit, aestuare ac discurrere. Nemo enim resistit sibi,

cum coepit impelli, nec timorem suum redigit ad verum; nemo dicit 'vanus auctor est, vanus [est]: aut finxit aut credidit'. Damus nos aurae ferendos; expavescimus dubia pro certis; non servamus modum rerum, statim in timorem venit scrupulus.

Pudet me +ibi+ sic tecum loqui et tam lenibus te remediis focilare. Alius dicat 'fortasse non veniet': tu dic 'quid porro, si veniet? videbimus uter vincat; fortasse pro me venit, et mors ista vitam honestabit'. Cicutam magnum Socratem fecit. Catoni gladium assertorem libertatis extorque: magnam partem detraxeris gloriae. Nimum diu te cohortor, cum tibi admonitione magis quam exhortatione opus sit. Non in diversum te a natura tua ducimus: natus es ad ista quae dicimus; eo magis bonum tuum auge et exorna.

Sed iam finem epistulae faciam, si illi signum suum in pressero, id est aliquam magnificam vocem perferendam ad te mandavero. 'Inter cetera mala hoc quoque habet stultitia: semper incipit vivere.' Considera quid vox ista significet, Lucili virorum optime, et intelleges quam foeda sit hominum levitas cotidie nova vitae fundamenta ponentium, novas spes etiam in exitu inchoantium. Circumspice tecum singulos: occurrent tibi senes qui se cum maxime ad ambitionem, ad peregrinationes, ad negotiandum parent. Quid est autem turpius quam senex vivere incipiens? Non adicerem auctorem huic voci, nisi esset secretior nec inter vulgata Epicuri dicta, quae mihi et laudare et adoptare permisi. Vale.

¶ Felicidad

Séneca a su Lucilio saluda,

Si con razón reprueba en aquella carta Epicuro a quienes dicen que los sabios se bastan a sí mismos y por ende no necesitan de amigos, deseas saber. En efecto, Estilpón es objectado por Epicuro, como así también lo son aquellos para quienes la visión del sumo bien es la de un espíritu impasible.

Se cae en la ambigüedad, si queriendo expresar rápidamente ἀπάθειαν (apatheia) con una única palabra, decimos impatientia. Se puede en efecto entender lo contrario de lo que queremos significar. Nosostros queremos mentar la calidad de quien aparta de sí toda sensación del mal: se podría interpretar la de aquel que no puede soportar ningún mal. Ve entonces si no bastaría con hablar de un espíritu invulnerable o de un espíritu que se coloca más allá de todo sufrimiento.

Lo siguiente difiere entre nosotros y ellos: nuestro sabio vence todo aquello que lo afecta, pero siente, el de ellos directamente no siente nada. El punto común entre nosotros y ellos, es que el sabio se basta a sí mismo. Pero sin embargo, bien que autosuficiente, quiere tener amigos, vecinos y camaradas.

Ve hasta que punto se contenta de sí mismo: a veces se conforma hasta con lo que queda de él. Si su mano le es cercenada a causa de una enfermedad o por un enemigo, si por accidente pierde un ojo o los ojos, se contentaría con su vestigio y aun con un cuerpo estropeado y amputado sería tan feliz como cuando estaba íntegro; no obstante, bien que no lamenta lo que perdió, hubiera preferido no perderlo.

Así se basta el sabio a sí mismo, no es que quiera estar sin amigos sino que podría; y cuando digo podría, significo que soporta las pérdidas con ánimo igual. Sin amigos, de seguro, no se quedará nunca: en su potestad está lo que rápido restaura. Del mismo modo que Fidias, si hubiere perdido una estatua haría inmediatamente otra, tal cual este artífice en hacer amigos substituiría otro en el lugar del que perdió.

¿Preguntas de qué modo hacer rápidamente amigos? Te lo digo, si tu y yo convenimos que ya mismo salde lo que te debo y que en cuanto a esta carta quedemos parejos. Hecatón

dice "yo te mostraré como ser amado sin pociones, sin hierbas, sin ningún tipo de fórmula mágica: si quieres ser amado, ama". Por otra parte, no tan solo mantener viejas y probadas amistades entraña un gran placer, sino también comenzar y cultivar nuevas.

La diferencia entre el agricultor que siembra y aquel que cosecha es la misma que existe entre aquel que ya entabló una amistad y el que la inicia. El filósofo Atalo solía decir que más agradable es hacer amigos que tenerlos "así como para el artista es más placentero pintar que haber pintado". Aquella tensión ocupada en su obra lleva consigo un ingente embelesamiento que radica en la ocupación en sí misma: una vez que quitó las manos de la obra el deleite no es el mismo, a partir de ese momento disfruta del fruto de su arte; mientras pintaba disfrutaba del arte en sí. Más fecunda es la adolescencia de los hijos pero más dulce la infancia.

Ahora regresemos a nuestro propósito. El sabio, si bien se basta a sí mismo quiere no obstante tener amigos, sin nada más en vista que el ejercicio la amistad, para que tamaña virtud no dormite. No con la finalidad que decía Epicuro en esa misma carta "para tener quien se siente a nuestro lado si uno se enferma, para que nos socorra si arrojados a los hierros o en la indigencia", pero para tener a quien a cuyo lado sentarnos si él estuviere enfermo o para liberarlo de la prisión aun si se econtrase rodeado de enemigos. Quien mira a si mismo y por tal razón busca amigos, piensa mal. Tal como comienza, así termina: si se hizo de un amigo para que lo asista contra el cautiverio, ni bien crepiten las cadenas éste se batirá en retirada.

Esas son las amistadas que el pueblo llama temporarias, asumidas por razón de conveniencia: placen en tanto y en cuanto fueren útiles. Por eso a los florecientes circunda una turba de amigos; en torno a los arruinados ronda la soledad, allí mismo donde son puestos a prueba, huyen los amigos. De esto, los más nefarios ejemplos son los que por miedo abandonan, los que por miedo traicionan. Ineludiblemente, entre el inicio y el final existe congruencia: el que se vuelve amigo por conveniencia, deja de serlo por conveniencia; cualquier precio contra de la amistad es bueno, si alguno en ella se puso más allá de ella misma.

¿Para qué hacerme de un amigo? Para tener por quien pueda morir, para tener a quien seguir en el exilio, a quien defender de la muerte incluso al precio de mi vida. Lo que tu describes es un negocio que persigue el acomodo, que mira hacia lo que se podría obtener, no amistad.

Sin duda tiene alguna similitud el afecto de la amistad con el del amor; tu podrías hasta decir que este es la insania de la amistad. Ahora bien, ¿es que entonces alguien podría amar por motivo de lucro? ¿por ambición o por gloria? Por sí mismo el amor descuida toda otra cosa, enciende los espíritus por el deseo de la belleza, no sin la esperanza de un amor correspondido. ¿Qué entonces? ¿De una causa más honesta puede surgir un afecto más indecente?

"No se trata ahora de eso" - dices - "de saber si la amistad es de desear por ella misma". ¡Pero si! Nada hay que sea más necesario de probar: si la amistad es deseable por sí misma, puede acceder a ella quien se basta a sí mismo. ¿De qué manera se accede entonces? Como a lo pulquérrimo: ni motivado por el lucro, ni aterrorizado por los cambios de fortuna; se priva a la amistad de su majestad cuando se la cultiva para obtener un buen caso.

"El sabio se basta a sí mismo". Esto, mi Lucilio, es interpretado erróneamente por la mayoría: al sabio lo relegan de todos lados y lo confinan dentro de su piel. Debe distinguirse en efecto qué significa esta locución y cual es su alcance: el sabio se basta a sí mismo para vivir feliz, no para vivir; para esto último necesita en efecto de muchas cosas; para lo primero, sólo de un espíritu sano, derecho y desdeñoso de la fortuna.

Quiero indicarte también una distinción de Crísipo. Dice que el sabio no carece de nada, pero que sin embargo muchas cosas le serían necesarias: "por el contrario, para el imbécil nada es necesario (ya que no sabe servirse de nada), pero carece de todo." Al sabio, sus manos, ojos y muchas cosas indispensables para el uso cotidiano le son provechosas, pero no carece de nada; carecer es en efecto necesidad; nada es necesario al sabio.

En consecuencia, bien que se contentaría consigo mismo, los amigos le son provechosos y quisiera tener tantos como posibles, no para vivir feliz, vive en efecto feliz incluso sin amigos. El sumo bien no requiere instrumentos extrínsecos, es cultivado en casa propia; se extrae íntegramente de sí mismo: comenzaría a sujetarse a la fortuna si requiriese partes de fuera de sí.

"¿Qué destino sin embargo el de la vida del sabio, si quedando sin amigos, es arrojado en prisión o despojado en un país lejano o demorado en una larga travesía o abandonado en un litoral desierto?" El mismo que el de Júpiter, quien disuelto el mundo y confundidos los dioses en uno, detenida un instante la naturaleza, se reposa en sí mismo absorto en sus meditaciones. Tal cual hace el sabio: se recoge en sí mismo, está consigo.

De seguro que, cuando le es permitido ordenar por su arbitrio sus cosas, el sabio se basta a sí mismo pero toma mujer, se basta a sí mismo y cría hijos; se basta a sí mismo y sin embargo no viviría si hubiere de vivir sin los hombres. Hacia la amistad no lo lleva ninguna conveniencia propia, sino el impulso natural, porque entre las cosas que para nosotros poseen innata dulzura, se encuentra la amistad. Tan grande como el odio a la soledad es la voluntad de vida social y así como la naturaleza concilia al hombre con el hombre, insito llevamos el aguijón que nos hace ávidos de amistad.

No obstante, aun amando sin común medida a sus amigos, aun igualándolos, frecuentemente prefiriéndolos a sí mismo, delimitará dentro de sí todo lo valioso y dirá lo que Estilbón, a quien Epicuro cuestiona en su carta. Aquel, sometida su patria, habiendo perdido sus hijos, habiendo perdido su esposa, emergía solitario y sin embargo feliz del incendio general. Cuando interrogado por Demetrio (cuyo sobrenombre Poliorcetes proviene de sus devastaciones de ciudades) si había perdido algo: "Todos mis bienes" - dijo - "están conmigo."

¡He allí un hombre fuerte y de coraje! Incluso del vencedor venció la victoria. "Nada" - dijo - "he perdido": a dudar los forzó si habían vencido. "Todo lo mío está conmigo": la justicia, la virtud, la prudencia, aquello mismo de no creer un bien lo que puede ser arrebatado. Admiramos algunos animales que pueden atravesar las llamas sin sufrir daño corporal alguno: ¡cuánto más admirable es un hombre que a través de hierros, ruinas y fuego, se evade incólume e indemne! ¿Ves cuánto más fácil es vencer todo un ejército que un solo hombre? Aquellas palabras aquel la comparte con el estoico: al igual que este, acarrea sus bienes intactos a través de urbes en cenizas; porque se contenta de sí mismo, porque él mismo delimita las fronteras de su felicidad.

No creas que nosotros somos los únicos en lanzar nobles palabras, el mismo censor de Estilbón, Epicuro, pronunció voces similares a las suyas. Recíbelas como presente, si bien ya saldé mi deuda del día: "Aquel" - dice - "que no se siente colmado con lo suyo, fuere señor de todo el mundo, será desgraciado". O bien, si de esta manera se ve para tí mejor enunciado - esto es útil en efecto para que no nos sujetemos tanto a las palabras como al sentido - "Es desgraciado aquel que no se juzga a sí mismo felicísimo, aunque domine el mundo."

Para que sepas que esto pertenece también al sentido común, dictado sin duda por la naturaleza, en lo de un poeta cómico encuentras: "no es feliz, el que no se piensa feliz"

¿Qué importa en efecto cuál fuere tu situación, si para ti se ve mala? "¿Qué entonces?" - preguntas - "si feliz se dijere algún rico infame, señor de muchos pero todavía de muchos más esclavo, ¿sería feliz por obra de su sentencia?" No es lo que diga sino lo que sienta lo que importa, tampoco lo que sienta un sólo día, sino asiduamente. Por otra parte no es de temer que tal cosa acontezca a un indigno: salvo al sabio, lo propio no place; la imbecilidad sufre de su asco por sí misma.

Que sigas bien.

An merito reprehendat in quadam epistula Epicurus eos qui dicunt sapientem se ipso esse contentum et propter hoc amico non indigere, desideras scire. Hoc obicitur Stilboni ab Epicuro et iis quibus summum bonum visum est animus in patiens. In ambiguitatem incidendum est, si exprimere 'ap̄theian« uno verbo cito voluerimus et impatientiam dicere; poterit enim contrarium ei quod significare volumus intellegi. Nos eum volumus dicere qui respuat omnis mali sensum: accipietur is qui nullum ferre possit malum. Vide ergo num satius sit aut invulnerabilem animum dicere aut animum extra omnem patientiam positum. Hoc inter nos et illos interest: noster sapiens vincit quidem incommodum omne sed sentit, illorum ne sentit quidem. Illud nobis et illis commune est, sapientem se ipso esse contentum. Sed tamen et amicum habere vult et vicinum et contubernalem, quamvis sibi ipse sufficiat. Vide quam sit se contentus: aliquando sui parte contentus est. Si illi manum aut morbus aut hostis exciderit, si quis oculum vel oculos casus excusserit, reliquiae illi suae satisficient et erit imminuto corpore et amputato tam laetus quam [in] integro fuit; sed quae sibi desunt non desiderat, non deesse mavult. Ita sapiens se contentus est, non ut velit esse sine amico sed ut possit; et hoc quod dico 'possit' tale est: amissum aequo animo fert. Sine amico quidem numquam erit: in sua potestate habet quam cito reparat. Quomodo si perdiderit Phidias statuem protinus alteram faciet, sic hic faciendarum amicitiarum artifex substituet alium in locum amissi. Quaeris quomodo amicum cito facturum sit? Dicam, si illud mihi tecum convenerit, ut statim tibi solvam quod debeo et quantum ad hanc epistulam paria faciamus. Hecaton ait, 'ego tibi monstrabo amatorium sine medicamento, sine herba, sine ullius veneficae carmine: si vis amari, ama'. Habet autem non tantum usus amicitiae veteris et certae magnam voluptatem sed etiam initium et comparatio novae. Quod interest inter metentem agricolam et serentem, hoc inter eum qui amicum paravit et qui parat. Attalus philosophus dicere solebat iucundius esse amicum facere quam habere, 'quomodo artificii iucundius pingere est quam pinxisse'. Illa in opere suo occupata sollicitudo ingens oblectamentum habet in ipsa occupatione: non aequè delectatur qui ab opere perfecto removet manum. Iam fructu artis suae fruitur: ipsa fruebatur arte cum pingret. Fructuosior est adulescentia liberorum, sed infantia dulcior.

Nunc ad propositum revertamur. Sapiens etiam si contentus est se, tamen habere amicum vult, si nihil aliud, ut exerceat amicitiam, ne tam magna virtus iaceat, non ad hoc quod dicebat Epicurus in hac ipsa epistula, 'ut habeat qui sibi aegro assideat, succurrat in vincula coniecto vel inopi', sed ut habeat aliquem cui ipse aegro assideat, quem ipse circumventum hostili custodia liberet. Qui se spectat et propter hoc ad amicitiam venit male cogitat. Quemadmodum coepit, sic desinet: paravit amicum adversum vincula laturum opem; cum primum crepuerit catena, discedet. Hae sunt amicitiae quas temporarias populus appellat; qui utilitatis causa assumptus est tamdiu placebit quamdiu utilis fuerit. Hac re florentes amicorum turba circumsedet, circa eversos solitudo est, et inde amici fugiunt ubi probantur; hac re ista tot nefaria exempla sunt aliorum metu relinquendum, aliorum metu prodentium. Necesse est initia inter se et exitus congruant: qui amicus esse coepit quia expedit; placebit aliquid pretium contra amicitiam, si ullum in illa placet praeter ipsam. 'In quid amicum paras?' Ut habeam pro quo mori possim, ut habeam quem in exsilium sequar, cuius me morti et opponam et impendam: ista quam tu describis negotiatio est, non amicitia, quae ad commodum accedit, quae quid consecutura sit spectat. Non dubie habet aliquid simile amicitiae

affectus amantium; possis dicere illam esse insanam amicitiam. Numquid ergo quisquam amat lucri causa? numquid ambitionis aut gloriae? Ipse per se amor, omnium aliarum rerum neglegens, animos in cupiditatem formae non sine spe mutuae caritatis accendit. Quid ergo? ex honestiore causa coit turpis affectus? 'Non agitur' inquis 'nunc de hoc, an amicitia propter se ipsam appetenda sit.' Immo vero nihil magis probandum est; nam si propter se ipsam expetenda est, potest ad illam accedere qui se ipso contentus est. 'Quomodo ergo ad illam accedit?' Quomodo ad rem pulcherrimam, non lucro captus nec varietate fortunae perterritus; detrahit amicitiae maiestatem suam qui illam parat ad bonos casus.

'Se contentus est sapiens.' Hoc, mi Lucili, plerique perperam interpretantur: sapientem undique submovent et intra cutem suam cogunt. Distinguendum autem est quid et quatenus vox ista promittat: se contentus est sapiens ad beate vivendum, non ad vivendum; ad hoc enim multis illi rebus opus est, ad illud tantum animo sano et erecto et despiciente fortunam. Volo tibi Chrysippi quoque distinctionem indicare. Ait sapientem nulla re egere, et tamen multis illi rebus opus esse: 'contra stulto nulla re opus est - nulla enim re uti scit - sed omnibus eget'. Sapienti et manibus et oculis et multis ad cotidianum usum necessariis opus est, eget nulla re; egere enim necessitatis est, nihil necesse sapienti est. Ergo quamvis se ipso contentus sit, amicis illi opus est; hos cupit habere quam plurimos, non ut beate vivat; vivet enim etiam sine amicis beate. Summum bonum extrinsecus instrumenta non quaerit; domi colitur, ex se totum est; incipit fortunae esse subiectum si quam partem sui foris quaerit. 'Qualis tamen futura est vita sapientis, si sine amicis relinquatur in custodiam coniectus vel in aliqua gente aliena destitutus vel in navigatione longa retentus aut in desertum litus eiectus?' Qualis est Iovis, cum resolutio mundo et dis in unum confusis paulisper cessante natura acquiescit sibi cogitationibus suis traditus. Tale quiddam sapiens facit: in se reconditur, secum est. Quamdiu quidem illi licet suo arbitrio res suas ordinare, se contentus est et ducit uxorem; se contentus et liberos tollit; se contentus est et tamen non viveret si foret sine homine victurus. Ad amicitiam fert illum nulla utilitas sua, sed naturalis irritatio; nam ut aliarum nobis rerum innata dulcedo est, sic amicitiae. Quomodo solitudinis odium est et appetitio societatis, quomodo hominem homini natura conciliat, sic inest huic quoque rei stimulus qui nos amicitiarum appetentes faciat. Nihilominus cum sit amicorum amantissimus, cum illos sibi comparet, saepe praeferat, omne intra se bonum terminabit et dicet quod Stilbon ille dixit, Stilbon quem Epicuri epistula insequitur. Hic enim capta patria, amissis liberis, amissa uxore, cum ex incendio publico solus et tamen beatus exiret, interroganti Demetrio, cui cognomen ab exitio urbium Poliorcetes fuit, num quid perdidisset, 'omnia' inquit 'bona mea mecum sunt'. Ecce vir fortis ac strenuus! ipsam hostis sui victoriam vicit. 'Nihil' inquit 'perdidi': dubitare illum coegit an vicisset. 'Omnia mea mecum sunt': iustitia, virtus, prudentia, hoc ipsum, nihil bonum putare quod eripi possit. Miramur animalia quaedam quae per medios ignes sine noxa corporum transeunt: quanto hic mirabilior vir qui per ferrum et ruinas et ignes inlaesus et indemnis evasit! Vides quanto facilius sit totam gentem quam unum virum vincere? Haec vox illi communis est cum Stoico: aequae et hic intacta bona per concrematas urbes fert; se enim ipse contentus est; hoc felicitatem suam fine designat. Ne existimes nos solos generosa verba iactare, et ipse Stilbonis obiurgator Epicurus similem illi vocem emisit, quam tu boni consule, etiam si hunc diem iam expunxi. 'Si cui' inquit 'sua non videntur amplissima, licet totius mundi dominus sit, tamen miser est.' Vel si hoc modo tibi melius enuntiari videtur - id enim agendum est ut non verbis serviamus sed sensibus -, 'miser est qui se non beatissimum iudicat, licet imperet mundo'. Ut scias autem hos sensus esse communes, natura scilicet dictante, apud poetam comicum invenies:

non est beatus, esse se qui non putat.

Quid enim refert qualis status tuus sit, si tibi videtur malus 'Quid ergo?' inquis 'si beatum se dixerit ille turpiter dives et ille multorum dominus sed plurimum servus, beatus sua

sententia fiet?' Non quid dicat sed quid sentiat refert, nec quid uno die sentiat, sed quid assidue. Non est autem quod verearis ne ad indignum res tanta perveniat: nisi sapienti sua non placent; omnis stultitia laborat fastidio sui. Vale.

▮ Riqueza y Pobreza

Pero para poner un fin a esta carta, recibe lo que hoy día - pese a ser cosecha de otro jardín - me complació: "Magna riqueza es la pobreza ordenada por la ley de la naturaleza. ¿Conoces empero las fronteras que esa ley de la naturaleza determinó para nosotros? No tener hambre, no tener sed, no tener frío. Para alejar el hambre y la sed no es necesario rondar en las cercanías del soberbio ni soportar sus cejas fruncidas ni su humanidad desdeñosa, no es necesario provocar los mares ni seguir a los ejércitos: a tu alcance y ya servido está lo que la naturaleza desea.

Sudar por lo superfluo, es eso lo que desgasta la toga, lo que nos obliga a envejecer bajo las tiendas, lo que nos lleva a golpearnos contra litorales ajenos. Al alcance de la mano está lo suficiente. Aquel que con la pobreza bien se lleva rico es.

Sed ut finem epistulae imponam, accipe quod mihi hodierno die placuit - et hoc quoque ex alienis hortulis sumptum est: 'magnae divitiae sunt lege naturae composita paupertas'. Lex autem illa naturae scis quos nobis terminos statuatur? Non esurire, non sitire, non algere. Ut famem sitimque depellas non est necesse superbis assidere liminibus nec supercilium grave et contumeliosam etiam humanitatem pati, non est necesse maria temptare nec sequi castra: parabile est quod natura desiderat et appositum. Ad supervacua sudatur; illa sunt quae togam conterunt, quae nos senescere sub tentorio cogunt, quae in aliena litora impingunt: ad manum est quod sat est. Cui cum paupertate bene convenit dives est. Vale.

▮ Sabiduría y modo de vida del sabio

Séneca a su Lucilio saluda,

Así es, no modifico mi sentencia: huye de la multitud, huye de pocos, huye incluso de uno. No encuentro con quien quisiera que mantengas trato. Y ve que juicio tienes de mí: me atrevo a librarte a ti mismo. Crates, discípulo del mismo Estilbón que mencioné en mi carta precedente, viendo un adolescente que ambulaba retirado, según cuentan, le preguntó que hacía solo. "Conmigo" - dijo - "hablo". A lo que Crates "ten cuidado" - dijo - "te pido que escuches con atención: estás hablando con un hombre malo."

Solemos custodiar a los angustiados, a los despavoridos, que no hagan mal uso de la soledad. Nadie existe entre los imprudentes a quien deba dejarse librado a sí mismo; es entonces que agitan los malos propósitos, que tejen las tramas de futuros peligros para otros o para sí mismos, que improbos ardores se alistan; que todo lo que el ánimo por miedo o por pudor encubría, ahora expone, aguzando la temeridad, excitando la concupiscencia, instigando la iracundia. Al final, lo único que la soledad tiene de cómodo, no confiar nada a nadie, no temer a un eventual traidor, se esfuma para el insensato: él mismo se traiciona. Mira en consecuencia lo que espero de ti, mejor dicho, lo que garantizo (la esperanza es pues el nombre de un bien incierto): no encuentro con quien estuvieres mejor que contigo mismo.

Me vuelve a la memoria la grandeza de espíritu con que habías pronunciado otrora ciertas palabras, ¡cuán plenas de vigor eran! Me había felicitado de ello en el acto y me dije: "no son de labios para afuera, estas palabras tienen fundamento; este hombre no proviene del

común de las gentes; mira hacia la salud." Tal como hablas, así vive, ve que ninguna cosa te rebaje. Por tus ruegos de antaño puedes dar gracias a los dioses, elabora otros íntegramente nuevos: pide una buena mente, una buena salud para el alma, recién luego para el cuerpo. ¿Por qué no harías tales ruegos frecuentemente? Pide a Dios con audacia: nada haz de pedirle de otros.

Pero siguiendo mi costumbre esta carta va con algún pequeño presente. Cierto es lo que en lo de Atenodoro encontré:

"Sabrás que te habrás desligado de todos tus deseos cuando logres no pedir a Dios nada que no puedas pedir a la vista de todos."

¡Cuánta es empero la demencia del hombre! Susurran a los dioses imploraciones infames, si cualquiera aguzase sus orejas se callarían y, lo que no quieren que los hombres sepan, lo cuentan a Dios. Ve entonces si lo siguiente no podría servir como precepto saludable: "vive con los hombres como si Dios te estuviera viendo, habla con Dios como si los hombres te estuvieran escuchando."

Que sigas bien.

Sic est, non muto sententiam: fuge multitudinem, fuge paucitatem, fuge etiam unum. Non habeo cum quo te communicatum velim. Et vide quod iudicium meum habeas: audeo te tibi credere. Crates, ut aiunt, huius ipsius Stilbonis auditor, cuius mentionem priore epistula feci, cum vidisset adulescentulum secreto ambulans, interrogavit quid illic solus faceret. 'Mecum' inquit 'loquor.' Cui Crates 'cave' inquit 'rogo et diligenter attende: cum homine malo loqueris'. Lugentem timentemque custodire solemus, ne solitudine male utatur. Nemo est ex imprudentibus qui relinqui sibi debeat; tunc mala consilia agitant, tunc aut aliis aut ipsis futura pericula struunt, tunc cupiditates improbas ordinant; tunc quidquid aut metu aut pudore celabat animus exponit, tunc audaciam acuit, libidinem irritat, iracundiam instigat. Denique quod unum solitudo habet commodum, nihil ulli committere, non timere indicem, perit stulto: ipse se prodit. Vide itaque quid de te sperem, immo quid spondeam mihi - spes enim incerti boni nomen est -: non invenio cum quo te malim esse quam tecum. Repeto memoria quam magno animo quaedam verba proieceris, quanti roboris plena: gratulatus sum protinus mihi et dixi, 'non a summis labris ista venerunt, habent hae voces fundamentum; iste homo non est unus e populo, ad salutem spectat'. Sic loquere, sic vive; vide ne te ulla res deprimat. Votorum tuorum veterum licet deis gratiam facias, alia de integro suscipe: roga bonam mentem, bonam valetudinem animi, deinde tunc corporis. Quidni tu ista vota saepe facias? Audacter deum roga: nihil illum de alieno rogaturus es.

Sed ut more meo cum aliquo munusculo epistulam mittam, verum est quod apud Athenodorum inveni: 'tunc scito esse te omnibus cupiditatibus solutum, cum eo perveneris ut nihil deum roges nisi quod rogare possis palam'. Nunc enim quanta dementia est hominum! turpissima vota dis insusurrant; si quis admoverit aurem, conticiscent, et quod scire hominem nolunt deo narrant. Vide ergo ne hoc praecipere salubriter possit: sic vive cum hominibus tamquam deus videat, sic loquere cum deo tamquam homines audiant. Vale.

Séneca a su Lucilio saluda,

Reconozco que insito llevamos en nosotros el amor por nuestro cuerpo, reconozco que de él nos corresponde la tutela. No me niego a ser indulgente con él, me niego a ser su esclavo, pues de muchos es sirviente el que de su cuerpo es esclavo, el que por él demasiado se inquieta, el que a él todo refiere.

Debemos comportarnos de manera tal de no vivir que por y para el cuerpo, pero con la idea de que sin él no podemos vivir. Nuestro excesivo amor por él nos abrumba de miedos, nos sobrecarga de desasosiego, nos circunda de inquietudes. Lo honesto es vil para quien el cuerpo es demasiado caro. Brindémosle el más diligente de los cuidados, reservándonos, si así lo exija la razón, la dignidad, la fe, el derecho de entregarlo a las llamas.

No obstante, hagamos todo lo necesario para evitarle, no sólo peligros, sino toda incomodidad. Nos refugiemos en lugar seguro, reflexionando sobre todo lo que permita mantenerlo alejado las cosas que fuesen de temer. Estas, si no me equivoco, son de tres géneros: nos aterra la penuria, la enfermedad, lo que acontece por la violencia de los más poderosos.

De todo ello nada nos perturba más que lo que de la violencia ajena depende, esta se anuncia en efecto con gran estrépito y tumulto. Los males naturales a los que me referí antes, la penuria, incluso la enfermedad, se deslizan en silencio, no inducen a los ojos ni al oído terror alguno. Desmesurada es la pompa de estos otros: el hierro llega escoltado de fuego y cadenas y de una turba de fieras prontas a despedazar nuestras vísceras.

Imagínate en este punto las cárceles, las cruces y los caballetes de tortura, los garfios, el hombre empalado con la pica emergiendo de su boca, los miembros humanos descuartizados por carros tirando en distintas direcciones, las túnicas impregnadas y tejidas para nutrir las llamas y todas las otras cosas ideadas para tamañas crueldades.

No sorprenderá entonces que máximo sea el terror de todo esto, cuya variedad y aparato es terrible. Pues de alguna manera tanto más eficaz es el verdugo cuanto más instrumentos de suplicio exhibe; el aparato en efecto vence lo que la capacidad de sufrir soporta. Así, de todo aquello que somete y doma nuestros espíritus, lo más eficaz es lo que más posee para ostentar. Las otras pestes, lo digo, no son menos graves: el hambre, la sed, las supuraciones que carcomen nuestras entrañas, la fiebre que incendia nuestras vísceras. Pero se mueven en las sombras; nada tienen que puedan mostrar, nada con que alardear. Las primeras se asemejan a esos grandes que ganan guerras ya con su sólo aspecto y preparativos.

Manos entonces a la obra, abstengámonos de ofender. A veces es el pueblo a quien habremos de temer, a veces, si la disciplina de aquel quiere que lo más sea transigido por el senado, serán a estos señores, otras veces, a ese alguien único a quien el pueblo haya dado el poder sobre el pueblo. Tener a toda esta gente como amigos es bastante trabajoso: baste no tenerlos como enemigos. Por eso el sabio nunca provoca la ira de los poderosos, más bien los esquivo de manera no muy diferente como el navegante a las tormentas.

Cuando llegaste a Sicilia, atravesaste el estrecho. Tu temerario navegante despreció la amenaza del Austro, este es pues quien exaspera al mar del Sículum, obligándolo a levantarse en torbellinos. Buscó aproximarse al litoral, pero no hacia la margen izquierda, sino cerca de donde Caribdis enrolla los mares. En lo que a éste respecta, otros peritos más cautos preguntan a los lugareños qué significa un tal hervidero, qué signos dan las nubes y mantienen su curso lejos de esas regiones de infames turbulencias. Lo mismo hace el sabio: evita a los poderes nocivos, pero de una cosa tiene particular cuidado: de no mostrar que los evita. Parte en efecto de la búsqueda de la seguridad radica en esto: no hacerlo de manera muy ostensible por aquello de que quien fuga se condena.

Debemos entonces examinar como podemos estar protegidos del vulgo. En primer lugar, nada habremos de desear similar a lo que este: la riña tiene lugar sólo entre competidores. Luego, nada poseamos que los intrigantes puedan para su gran provecho arrancarnos; procura llevar en tu cuerpo lo mínimo que se pueda expoliar. Nadie viene especialmente a derramar la sangre por ella misma, o por lo menos muy pocos, la mayoría hace las cuentas sobre lo que olfatea. A aquel que va desnudo, el ladrón deja pasar; incluso en el camino más mal frecuentado hay paz para el pobre.

Para terminar, tres cosas, según viejos preceptos, debemos evitar: el odio, la envidia, el desprecio. Cómo esto se logra, sólo la Sapiencia lo muestra. Difícil es en efecto mantener el equilibrio, debemos precavernos que el temor de caer en la envidia no nos lleve a caer en el desprecio y que tampoco, por el hecho de no querer pisotear a nadie, seamos vistos como pudiendo ser pisoteados. A muchos, ser temidos, les trae razones para temer. De lo uno y lo otro nos preservemos: no menos daña ser envidiado que despreciado.

Nos refugiemos ergo en la filosofía: sus enseñanzas son, lo digo, no sólo para los buenos sino aún para aquellos de maldad mediocre, un hito de referencia. Porque la elocuencia forense y todas las otras cosas que mueven al pueblo, tienen adversarios: la filosofía, apacible y limitada a su quehacer no puede ser objeto de desprecio puesto que para todo arte y aún para los malvados es honorable. Nunca tanto crecerá en ella la disipación, nunca de tal modo se conjurará en contra de la virtud, que se despoje el nombre de la filosofía de su carácter venerable y sacro. Por otra parte, la filosofía ha de ser abordada con modestia y tranquilidad.

¿Cómo entonces - dices - puede aparecer para ti M. Catón filosofando con modestia, él, que condenó con sus sentencias a la guerra civil, que se interpuso en el medio del furor de las armas de los príncipes, que mientras algunos combatían a Pompeyo, otros a César, atacó a ambos a la vez? Se puede de alguna manera discutir si en aquel tiempo el poder público era de asumir por el sabio. ¿Qué quieres para ti, Oh Marco Catón? Ya no se trata de libertad. Ya después de un largo tiempo se la arrojó al fondo del abismo. La cuestión es quien de los dos, César o Pompeyo se adueñará de la república: ¿qué tienes que hacer tú en esa contienda? En nada te concierne. Un jefe será elegido: ¿Qué te importa a ti quien de los dos gane? Puede ser que el mejor venza, no podrá ser menos peor el que venciere.

Toqué de Catón solamente los últimos períodos, pero los años anteriores no eran tales como para admitir a un sabio en esa rapiña de la cosa pública. ¿Qué otra cosa que vociferar podía Catón, qué aparte de lanzar voces estériles aquella vez que vapuleado por las manos del pueblo y cubierto de escupitajos fue arrancado del foro y conducido del senado a la cárcel?

Pero luego veremos si corresponde que el sabio intervenga en la cosa pública: en el ínterin te exhorto a hacer lo que los estoicos, quienes excluidos de la cosa pública, se separaron para cultivar el arte de vivir y ofrecer al género humano directivas de vida sin ofender a los poderosos. El sabio no perturba las costumbres de los pueblos ni hace convergir hacia sí las miradas con extravagancias en su vida.

"¿Qué entonces? ¿En seguridad se encontrará aquel que siga dichos propósitos?" No puedo más prometer tal cosa que prometerle buena salud a un hombre equilibrado y sin embargo, la templanza hace a la buena salud. Algunas veces una nave se hunde en el puerto: ¿Pero qué crees que sucede en alta mar? ¿Cuánto más pronto no está el peligro para aquel que se lanza en muchas empresas, para aquel para quien ni siguiera el reposo es seguro? Percen a veces inocentes - ¿quién lo niega? - nocentes sin embargo mucho más. En nada se envilece el arte de aquel que es alcanzado a través de una armadura.

Para concluir, el sabio observa respecto de todas las cosas la intención, no el resultado. Los comienzos están en nuestra potestad, del resultado juzga la fortuna. En lo que hace a

mí, no le confiero el derecho de sentencia. "Pero ella te traerá vejaciones, adversidades": no condena el bandido que asesina.

Estiras ya tu mano para el óbolo cotidiano. De oro es el óbolo que hoy la llena, y ya que al oro mencionamos, recibe una astucia para utilizarlo y gozarlo de tal manera que para ti sea más gratificante. "Aquel que más goza de la riqueza es aquel de menos de la riqueza depende". "Y bien" - preguntas - "¿quién es el autor?". Para que sepas cuan benignos somos, el propósito es alabar a terceros: es de Epicuro o de Metrodoro o de algún otro de esa famosa oficina.

¿Y qué importa quien lo dijo? Lo dijo para todos. El que depende de la riqueza, teme por ella. A nadie sin embargo aprovecha una fortuna que inquieta. Aumentarla en algo, fatiga: mientras cavilamos sobre como incrementarla, nos olvidamos de aprovecharla. Nos sumergimos en las cuentas, erosionamos el foro, con los vencimientos nos atormentamos: de Señores nos transformamos en encargados.

Que sigas bien.

Fateor insitam esse nobis corporis nostri caritatem; fateor nos huius gerere tutelam. Non nego indulgendum illi, serviendum nego; multis enim serviet qui corpori servit, qui pro illo nimium timet, qui ad illud omnia refert. Sic gerere nos debemus, non tamquam propter corpus vivere debeamus, sed tamquam non possimus sine corpore; huius nos nimius amor timoribus inquietat, sollicitudinibus onerat, contumeliis obicit; honestum ei vile est cui corpus nimis carum est. Agatur eius diligentissime cura, ita tamen ut, cum exiget ratio, cum dignitas, cum fides, mittendum in ignes sit. Nihilominus quantum possumus evitemus incommoda quoque, non tantum pericula, et in tutum nos reducamus, excogitantes subinde quibus possint timenda depelli. Quorum tria, nisi fallor, genera sunt: timetur inopia, timentur morbi, timentur quae per vim potentioris eveniunt. Ex his omnibus nihil nos magis concutit quam quod ex aliena potentia impendet; magno enim strepitu et tumultu venit. Naturalia mala quae rettuli, inopia atque morbus, silentio subeunt nec oculis nec auribus quicquam terroris incutiunt: ingens alterius mali pompa est; ferrum circa se et ignes habet et catenas et turbam ferarum quam in viscera immittat humana. Cogita hoc loco carcerem et cruces et eculeos et uncum et adactum per medium hominem qui per os emergeret stipitem et distracta in diversum actis curribus membra, illam tunicam alimentis ignium et illitam et textam, et quidquid aliud praeter haec commenta saevitia est. Non est itaque mirum, si maximus huius rei timor est cuius et varietas magna et apparatus terribilis est. Nam quemadmodum plus agit tortor quo plura instrumenta doloris exposuit - specie enim vincuntur qui patientiae restitissent -, ita ex iis quae animos nostros subigunt et domant plus proficiunt quae habent quod ostendant. Illae pestes non minus graves sunt - famem dico et sitim et praecordiorum suppurationes et febrem viscera ipsa torrentem - sed latent, nihil habent quod intentent, quod praeferant: haec ut magna bella aspectu paratuque vicerunt.

Demus itaque operam, abstineamus offensis. Interdum populus est quem timere debeamus; interdum, si ea civitatis disciplina est ut plurima per senatum transigantur, gratiosi in eo viri; interdum singuli quibus potestas populi et in populum data est. Hos omnes amicos habere operosum est, satis est inimicos non habere. Itaque sapiens numquam potentium iras provocabit, immo [nec] declinabit, non aliter quam in navigando procellam. Cum peteres Siciliam, traiecisti fretum Temerarius gubernator contempsit austri minas - ille est enim qui Siculum pelagus exasperet et in vertices cogat -; non sinistrum petit litus sed id a quo propior Charybdis maria convolvit. At ille cautior peritos locorum rogat quis aestus sit, quae signa dent nubes; longe ab illa regione verticibus infami cursum tenet. Idem facit sapiens: nocituram potentiam vitat, hoc primum cavens, ne vitare videatur; pars enim securitatis et in hoc est, non ex professo

eam petere, quia quae quis fugit damnat. Circumspiciendum ergo nobis est quomodo a vulgo tuti esse possimus. Primum nihil idem concupiscamus: rixa est inter competitores. Deinde nihil habeamus quod cum magno emolumento insidiantis eripi possit; quam minimum sit in corpore tuo spoliolum. Nemo ad humanum sanguinem propter ipsum venit, aut admodum pauci; plures computant quam oderunt. Nudum latro transmittit; etiam in obsessa via pauperi pax est. Tria deinde ex praecepto veteri praestanda sunt ut vitentur: odium, invidia, contemptus. Quomodo hoc fiat sapientia sola monstrabit; difficile enim temperamentum est, verendumque ne in contemptum nos invidiae timor transferat, ne dum calcare nolumus videamur posse calcari. Multis timendi attulit causas timeri posse. Undique nos reducamus: non minus contemni quam suspici nocet. Ad philosophiam ergo confugiendum est; hae litterae, non dico apud bonos sed apud mediocriter malos infularum loco sunt. Nam forensis eloquentia et quaecumque alia populum movet adversarios habet: haec quieta et sui negotii contemni non potest, cui ab omnibus artibus etiam apud pessimos honor est. Numquam in tantum convalescet nequitia, numquam sic contra virtutes coniurabitur, ut non philosophiae nomen venerabile et sacrum maneat. Ceterum philosophia ipsa tranquille modesteque tractanda est.

'Quid ergo?' inquis 'videtur tibi M. Cato modeste philosophari, qui bellum civile sententia reprimat? qui furentium principum armis medius intervenit? qui aliis Pompeium offendentibus, aliis Caesarem, simul lacessit duos?' Potest aliquis disputare an illo tempore capessenda fuerit sapienti res publica. Quid tibi vis, arce Cato? iam non agitur de libertate: olim pessum data est. Quaeritur utrum Caesar an Pompeius possideat rem publicam: quid tibi cum ista contentione? nullae partes tuae sunt. Dominus eligitur: quid tua, uter vincat? potest melior vincere, non potest non peior esse qui vicerit. Ultimas partes attingi Catonis; sed ne priores quidem anni fuerunt qui sapientem in illam rapinam rei publicae admitterent. Quid aliud quam vociferatus est Cato et misit irritas voces, cum modo per populi levatus manus et obrutus sputis exportandus extra forum traheretur, modo e senatu in carcerem duceretur?

Sed postea videbimus an sapienti opera rei publicae danda sit: interim ad hos te Stoicos voco qui a re publica exclusi secesserunt ad colendam vitam et humano generi iura condenda sine ulla potentioris offensa. Non conturbabit sapiens publicos mores nec populum in se vitae novitate convertet. 'Quid ergo? utique erit tutus qui hoc propositum sequetur?' Promittere tibi hoc non magis possum quam in homine temperanti bonam valetudinem, et tamen facit temperantia bonam valetudinem. Perit aliqua navis in portu: sed quid tu accidere in medio mari credis? Quanto huic periculum paratius foret multa agenti molientique, cui ne otium quidem tutum est? Pereunt aliquando innocentes - quis negat? -, nocentes tamen saepius. Ars ei constat qui per ornamenta percussus est. Denique consilium rerum omnium sapiens, non exitum spectat; initia in potestate nostra sunt, de eventu fortuna iudicat, cui de me sententiam non do. 'At aliquid vexationis afferet, aliquid adversi.' Non damnat latro cum occidit.

Nunc ad cotidianam stipem manum porrigis. Aurea te stipe implebo, et quia facta est auri mentio, accipe quemadmodum usus fructusque eius tibi esse gratior possit. 'Is maxime divitiis fruitur qui minime divitiis indiget.' 'Ede' inquis 'auctorem.' Ut scias quam benigni simus, propositum est aliena laudare: Epicuri est aut Metrodori aut alicuius ex illa officina. Et quid interest quis dixerit? omnibus dixit. Qui eget divitiis timet pro illis; nemo autem sollicito bono fruitur. Adicere illis aliquid studet; dum de incremento cogitat, oblitus est usus. Rationes accipit, forum conterit, kalendarium versat: fit ex domino procurator. Vale.

<http://www.buenastareas.com/ensayos/Cartas-De-Seneca/294158.html>